

LA PUERTA INFINITA

CLARK CARRADOS

La puerta infinita

Colección ESPACIO

La puerta infinita

POR

Clark Carrados

o-0-o

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Depósito legal: 9509 – 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA. — Pasaje de Núria, 8 – BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO



ICE el poco conocido escritor Earle T. G. Windham, en su aún menos conocida obra, «De la Multiplicidad de los Mundos Similares» [1], que la existencia de mundos que son iguales al nuestro, pero con situaciones completamente diferentes, es infinita.

Son muy pocas las personas que se han ocupado del estudio de tal problema. Unos, por no considerarlo de interés científico; otros por demasiado abstruso, y otros, en fin, por haberlo tomado como la manía de un paranoide,

el caso es que se pueden contar con los dedos de las manos los hombres de ciencia que se han entregado de lleno al estudio de tan fascinante rama de la ciencia.

Entre éstos, desde luego, no se hallaba el señor Félix Rodoran, vecino de Humbler City, de profesión expendedor de billetes del Ferrocarril Central y últimamente jubilado de sus honorables, aunque monótonas, actividades.

El señor Rodoran era hombre de costumbres metódicas y carente en absoluto de imaginación. Poco aficionado a la lectura, para él pasó desapercibida no sólo la existencia del escritor señor Wyndham, sino también, lógicamente, la publicación de su obra.

El señor Rodoran, al asomarse al crepúsculo de su vida, juzgó necesario llegar al final de la misma en paz. Un poco harto de despachar billetes, se dijo que era ya hora de realizar su sueño de siempre: tener una linda casita en el campo, rodeada de un pequeño trozo de terreno que pudiera destinar la mitad a jardín y la otra mitad a huerto. En el primero cultivaría flores que sirviesen de ornato, y en éste vegetales precisos para su abastecimiento y aun vender algunos, si sobraban, con lo cual coadyuvaría a los gastos cotidianos.

Hombre metódico, el señor Rodoran empezó sus investigaciones para hallar lo que deseaba algún tiempo antes de llegarle la hora del retiro, de modo que el mismo día en que dejó de asistir a su ventanilla de despacho de billetes del ferrocarril, tomó posesión de su casita, situada, como hemos dicho, en Humbler City.

La casita la había comprado a Cyrus R. Thomaston, agente de fincas, calle de Washington y Lincoln, 12. El hecho de que una misma calle estuviese dedicada a dos hombres célebres a la vez no impresionó poco ni mucho al señor Rodoran. Ni siquiera se fijó en ello.

El señor Thomaston había asegurado al señor Rodoran que la compra de la casita era la mejor inversión que podía haber hecho, sobre todo si se consideraba que se la entregaba absolutamente limpia de toda carga fiscal. El señor Rodoran se había manifestado muy contento al efectuar la compra y había abonado el importe religiosamente en un sólido cheque firmado contra el First National Bank de Nueva York.

Así, pues, en el momento en que el señor Rodoran llegó a Humbler City, alquiló un taxi, más por el equipaje que por su persona, y se hizo conducir a su casa. El taxista, hombre muy considerado, ayudó al señor Rodoran a descender y entrar el equipaje en la casa y saludó afectuosamente al nuevo vecino de Humbler City, deseándole toda clase de prosperidades en la nueva residencia elegida. El afecto del taxista se enfrió rápidamente cuando vio la sobada moneda de diez centavos que el nuevo residente, etc., etc., de Humbler City le había entregado como propina.

Pero el señor Rodoran era impermeable a los insultos mentales, cosa que

un mortal cualquiera hubiera podido adivinar con sólo echar una ojeada de soslayo al defraudado taxista. Con todo cuidado cerró la puerta de su casa y, frotándose las manos de contento, se dispuso a efectuar el definitivo acomodo de sí mismo y sus cosas.

El señor Rodoran era hombre metódico y lo primero que hizo fue vaciar el gran baúl de ropa, colocándola ordenadamente en los armarios dispuestos al efecto. Tenía varias maletas más, aún debía llegarle un resto de equipaje por ferrocarril, pero esto no le corría tanta prisa.

Cuando hubo terminado de acomodarse, quiso comprobar si el calentador del baño era tan bueno como le había asegurado el señor Thomaston. El señor Thomaston no había mentido.

Una vez bañado y limpio, decidió, antes de empezar su cena, dar una vuelta por la casa, para ir estudiando posibles defectos que anteriormente no hubiera visto y poner en práctica los remedios precisos. Subió a primer piso, hallándolo todo muy ordenadito y acogedor, después de lo cual consideró imprescindible la visita al desván.

Subió la escalera que conducía al lugar citado, hallándola empinada y peligrosa, especialmente para un hombre de su edad. Por un instante pensó pedir al señor Thomaston que la cambiara, pero desistió casi de inmediato, teniendo en cuenta que el desván era un sitio que él iba a frecuentar muy poco. Lo que no sabía en aquellos momentos el señor Rodoran es que no iba a utilizar ya nunca más la escalera.

Abrió la puerta.

El desván, naturalmente, estaba absolutamente vacío, esperando los trastes viejos que estaba destinado a guardar. El señor Rodoran avanzó unos cuantos pasos por su interior, estudiando la pieza, más alta de la casa.

El tejado era a dos aguas y formaba un diedro cuyas caras eran exactamente iguales. En ambas y a la misma altura había sendas ventanas provistas de tejadillo, del tipo buhardilla o «mansarde», saliendo de la inclinación del tejado hacia afuera.

En los lados contrarios, es decir, donde las paredes laterales de la casa formaban sendos triángulos equiláteros, los muros estaban lisos. Mejor dicho, uno de ellos, el situado frente a la entrada de la escalera de acceso, no era liso del todo. Había allí una puerta.

El señor Rodoran frunció el ceño. Le pareció recordar que la vez anterior, cuando examinó la casa en unión del agente de ventas, no existía aquella puerta.

De todas formas, no estaba muy seguro de ello. Su principal objetivo habían sido las habitaciones inferiores y éstas se hallaban en perfecto orden. Que hubiese o no una puerta en el desván, carecía de importancia.

Pero, de repente, una súbita sospecha se materializó en el cerebro del señor Rodoran. ¿Cuál era el objeto de la puerta citada?

Mentalmente repasó la estructura de la casa, vista desde el exterior, llegando rápidamente, a la conclusión de que aquella puerta carecía de utilidad laguna. El desván no era un granero en el cual almacenar sacos de cereales o balas de heno. Todo lo que debía llevarse arriba cabía perfectamente por la escalera, sin necesidad de entrarlo por aquel lugar. Entonces, ¿por qué aquella puerta?

Decidido a salir de dudas de una vez, el señor Rodoran avanzó hacia la puerta.

Indudablemente estaba bien construida, porque encajaba exactamente en el marco, sin dejar el menor resquicio por el cual pudieran hacer de las suyas los elementos atmosféricos. Lo que le extrañó fue la carencia de cerradura. Aquella puerta se abría y cerraba, al menos en apariencia, con un simple tirador.

Lo asió, haciéndolo girar media vuelta, hasta que oyó ceder el pestillo. Entonces abrió la puerta.

Y la boca, porque un singular espectáculo se presentó ante sus ojos.

Tan singular, que unos segundos más tarde el señor Rodoran cerraba la puerta y se apoyaba contra ella, con el rostro tan pálido como el de un difunto, jadeando lleno de angustia y sintiendo que el sudor le corría a chorros por las huesudas mejillas.

Un buen rato hubo de pasar antes de que al señor Rodoran se animara a sí mismo para convencerse de que todo aquello que había observado a través de la puerta era tan sólo una visión, causada por la fatiga de sus ojos, hartos de una vida burócrata como la que él había llevado hasta entonces. Por segunda vez colocó la mano sobre el pestillo.

Durante un segundo estuvo tentado de, en lenguaje vulgar, enviar todo al diablo y, echando a correr escaleras abajo, huir no sólo de la casa, sino también de Humbler City.

Hay muchas cosas motivo de perdición para los hombres. Una de ellas, sin el menor género de dudas, es la curiosidad. Y el señor Rodoran, pese al miedo que estaba experimentando en aquellos instantes, sentía que su curiosidad superaba a cualquier otro sentimiento.

Abrió la puerta, enfrentándose con el mismo espectáculo. Vaciló unos momentos. ¿Franqueaba el umbral? ¿Cerraba la puerta y se marchaba?

Cruzó el umbral, infinitamente temeroso, sintiendo que el corazón le latía en el enteco pecho con terrible violencia. Dio un paso, otro..., pero antes, obedeciendo a unos instintos de automatismo desarrollados hasta el máximo

durante treinta y cinco años de funcionario ejemplar, cerró la puerta cuidadosamente.

La puerta ya no se volvió a abrir. Al menos para el señor Rodoran, del que jamás se llegó a saber su paradero.

* * *

Días más tarde el señor Thomaston tuvo precisión de ver al señor Rodoran para determinados asuntos de trámite relacionados con la venta de la casita. Thomaston llamó a la puerta, sin obtener la menor respuesta.

Repitió la llamada durante varias veces, con idéntico resultado. Al fin, encogiéndose de hombros, dio media vuelta, diciéndose que ya volvería por la tarde.

Lo hizo, sin obtener mayor éxito que por la mañana. Entonces el señor Thomaston se dio una palmada en la frente, diciéndose que vaya tonto que era por no haber utilizado el teléfono para concertar la entrevista con el señor Rodoran.

Como su domicilio estaba un tanto alejado, optó por acogerse a los buenos oficios del de la tienda de comestibles de la señora Maçedo, una gruesa y simpática brasileña que acogió con una amplia sonrisa la propuesta de Thomaston.

Unos minutos más tarde, el agente de fincas, muy pálido, se enfrentaba con la señora Maçedo.

—¡No está!

—¿Quién es el que no está, señor Thomaston? — inquirió la tendera, un tanto alarmada.

—El señor Rodoran.

—No conozco a ese hombre. ¿Es nuevo en la ciudad?

Thomaston asintió, tragando salida.

—Sí. Le... le rendí la casita que hay al final de la calle, ya casi en el campo. Llegó hace una semana y...

—No sabía que tuviéramos un nuevo vecino, señor Thomaston— y la señora Maçedo tenía razón, porque de haber estado el señor Rodoran, inexcusablemente hubiera tenido que hacerle a ella las compras.

Entonces Thomaston explicó en pocas palabras lo sucedido, y la tendera, al escuchar el relato, meneó la cabeza con aire pesimista.

—¡Le aconsejo que vaya a ver al sargento Ellis, señor Thomaston. Puede que al señor Rodoran le haya ocurrido algo malo, ¿sabe?

Thomaston se enjugó el sudor de su frente con un horrendo pañuelo de hierbas.

—Sí... sí —jadeó—. Creo que será lo más acertado. Gracias por la sugerencia, señora Maçedo; iré a ver al sargento ahora mismo.

El sargento Ellis se mostró muy interesado en las explicaciones del señor Thomaston. Una vez que se hubo cerciorado de su veracidad, dijo:

—Iremos a ver al juez Fargo. No podemos penetrar en la casa sin antes haber obtenido un mandamiento de registro, ¿comprende?

Humbler City era una ciudad muy pequeña y la noticia de lo sucedido se extendió con la rapidez del rayo. Varias decenas de ciudadanos contemplaron expectantemente las idas y venidas del sargento y el señor Thomaston, a los cuales, en el último momento, se les unió el juez Fargo.

Humbler City era una ciudad de escasos alicientes para la diversión, de modo que el juez quiso aliviar un momento la monotonía de su existencia, cansado ya de firmar actas de nacimiento, matrimonio y defunción. Los tres hombres, con aire solemne, se dirigieron hacia la casa de Rodoran, hallando la puerta, naturalmente, cerrada con llave.

Como Thomaston no tenía ningún duplicado de la misma, puesto que había entregado las dos que existían al comprador, fue preciso requerir los servicios de Joe Bugsley, quien tenía un taller en el que se reparaba desde el motor de un helicóptero hasta una trampa para ratones. Bugsley descerrajó la puerta con su habitual pericia, causando en ella un mínimo de daños.

Los tres hombres, en fila, penetraron en el edificio. Los muebles habían empezado a cubrirse de polvo y el silencio más absoluto reinaba en el interior de la casa.

Fueron recorriendo las habitaciones, una tras otra, sin hallar el menor rastro del desaparecido señor Rodoran. Bajaron al pequeño sótano de que disponía el edificio, hallándolo limpio y cuidado, pero absolutamente vacío.

Entonces fue cuando, desconcertados, decidieron que no quedaba nada más por buscar.

—Sí — rectificó el señor. Thomaston—; está el desván. Miren, ésa es la escalera.

El juez asintió y, considerándolo su obligación, empezó a subir el primero. Detrás iba el sargento y, cerrando la corta procesión, el señor Thomaston. Joe Bugsley había considerado que su labor había finalizado con la apertura de la puerta, y como tenía trabajo en su taller, se había retirado, sin importarle poco ni mucho la suerte corrida por el señor Rodoran, a quien él no

había tenido el gusto de conocer. Fuera, a la entrada del jardincito que había ante la casa, se había estacionado una docena de curiosos, los cuales hacían toda clase de comentarios acerca del extraño suceso que amenazaba con sacudir la idílica paz de que hasta entonces había gozado Humbler City.

Varios de ellos divisaron al juez Fargo asomado a una de las ventanas tipo buhardilla que había en el tejado. El juez, convencido de que allí no había nada, se retiró.

—¡Caramba! — exclamó el sargento Ellis —. Esto sí que es raro. No se ve por ninguna parte el menor rastro del señor Rodoran.

—Acaso se haya ido otra vez a Nueva York. A fin de cuentas, aquí no tenía ninguna amistad y...

El señor Thomaston sacudió firmemente la cabeza.

—No — dijo con tono rotundo —. El señor Rodoran me dijo que estaba hasta la coronilla de Nueva York y que esperaba que el Señor le hiciera la gracia de no volver a ver nunca más tal ciudad. La odiaba, simplemente.

Ellis se encogió de hombros.

—Bueno, podría odiar a Nueva York, pero nadie está libre de recibir un mensaje y tener que trasladarse a la ciudad para determinado asunto.

—Sería conveniente — sugirió el juez Fargo — averiguar si el señor Rodoran recibió algún mensaje o si se le vio marchar. Ahora mismo, sargento, usted irá a ver a la telegrafista y después al jefe de estación para ver de investigar sobre tales extremos.

—Sí, señor juez... —y Ellis se disponía a cumplir la orden cuando de pronto se oyó una exclamación proveniente de los labios del señor Thomaston.

—¡Miren qué puerta tan extraña!

El juez y el sargento obedecieron de modo automático.

El primero dijo:

—Es cierto. ¡Qué raro que no la hayamos visto antes!

Uno tras otro, el singular trio se acercó a la puerta. Después de unos segundos de duda, el juez asió el tirador y la abrió.

Una triple exclamación se escapó instantáneamente de tres bocas. Siempre siguiendo el mismo orden, los tres hombres franquearon el umbral de la puerta, pasando al otro lado.

Durante unos minutos, la puerta quedó abierta. De pronto, se levantó un fuerte viento que silbó con agudos trémolos. La puerta osciló y al fin, girando sobre sus goznes con mayor rapidez cada vez, acabó por cerrarse con seco

golpe.

Al otro lado se oyeron unos gritos, cada vez más débiles. Poco, a poco, las voces en demanda de auxilio se fueron apagando, hasta extinguirse totalmente.

El grupo de curiosos que había en el exterior aguardó pacientemente la salida del juez, el sargento y el señor Thomaston. Pero viendo que pasaba el tiempo inútilmente sin que ninguno de los tres hombres hubiera dado señales de vida, uno de ellos, el más impaciente, se decidió a penetrar en la casa.

Dos más se atrevieron a seguirle. Recorrieron el edificio de punta a punta, sin conseguir encontrar a ninguno de los desaparecidos.

Era ya la hora del crepúsculo y, de repente, pareció que la temperatura descendía bruscamente unos cuantos grados. Fuera, en la calle, un fresco viento se levantó súbitamente, provocando algunos remolinos de polvo.

Los tres curiosos se convencieron al fin de que ni el juez ni el sargento ni el agente de fincas estaban dentro de la casa. Una especie de terror supersticioso se apoderó de ellos y, sin pensárselo dos veces, abandonaron el edificio a toda prisa.

Nunca volvió a saberse más del juez Fargo, del sargento Ellis y del señor Thomaston. Y la misteriosa casa, considerada como maléfica y llena de perversos espíritus, permaneció vacía durante largos años, sin que nadie se atreviera a ocuparla nuevamente.

CAPÍTULO II



UANDO ocurrieron los hechos que se han narrado, Jim Langley tenía diecisiete años y ya mostraba una gran afición a la ultrafísica, lo cual pudo demostrar cumplidamente diez años después, al presentar, debidamente patentado, su aparato transmisor de ondas extrarrápidas, capaz de transmitir cualquier mensaje a no importa qué punto de la galaxia, de un modo instantáneo, burlándose, por procedimientos que escapan a nuestra comprensión, de las viejas leyes einstenianas, de la velocidad límite de la luz y de muchas otras cosas más, imposibles de entender salvo por media docena de privilegiados cerebros.

El transmisor de Jim pudo ser probado satisfactoriamente entre la Tierra y Marte, suprimiendo así, de golpe, la lentitud en las comunicaciones, pues es sabido que un espaciograma desde o para el cuarto planeta tarda, según la distancia que en el momento de la emisión exista entre ambos, más de media hora. Jim alcanzó la fama en, digámoslo un poco exageradamente, contados minutos, pero, desgraciadamente, las utilidades que obtuvo de su sensacional invento fueron muy pocas. Como es sabido, la colonización en Marte va por muy lentos pasos, y todavía no llegan a tres miliares de terrestres los que allí están luchando por sobrevivir en un planeta áspero e inhóspito, para, un día aún muy lejano, hacerlo habitable y permitir al fin la tan ansiada expansión de la raza humana, ya muy apelotonados sus componentes en nuestro viejo globo.

No obstante la escasa utilidad crematística obtenida de su sensacional invento, la cosa mereció llamar la atención en los medios competentes, y así, con muy buen criterio, la Fundación Rockefeller acordó otorgar al prometedor y sabio físico una magnífica beca que le permitiera continuar sin agobios económicos sus fascinantes investigaciones.

En un principio, Jim se resistió a aceptar la ayuda. No porque, a decir verdad, no la necesitase, sino porque tenía un espíritu muy independiente y no quería que la aceptación de aquella beca supusiera una injerencia que él no estaba dispuesto a tolerar.

Pero cuando el Consejo Directivo de la Fundación le prometió que nadie

interferiría ni, mucho menos, intervendría sus trabajos, cuando le manifestaron que el dinero que le concedían era para hacer con él lo que quisiera, incluidas unas merecidas vacaciones en Miami, Jim aceptó. La única condición que se le impuso fue la de tener a la Fundación al corriente de sus trabajos, remitiendo un informe periódico y, naturalmente, la reversión a la misma del anticipo que se le concedía, en forma de participación en los beneficios de las patentes le pudiera obtener el joven con sus trabajos. La participación era insignificante, ya que la beca se había hecho no para lucro de la Fundación, sino para el mayor progreso de las ciencias y, por tanto, beneficio de la humanidad.

Por otra parte, Jim era modesto y desinteresado. El dinero no le llamaba la atención sino como medio de adquirir lo indispensable para vivir, además de libros y aparatos científicos, de modo que transigió con las mínimas condiciones impuestas. En lo único que hubo negativa rotunda fue en la colaboración de un científico miembro de la Fundación. Jim dijo que sí, que le hacía falta un ayudante, pero que ya lo buscaría él por su cuenta y a su gusto. El Consejo Directivo cedió.

Para desarrollar lo que se traía entre manos, Jim decidió que lo mejor era buscarse una localidad apartada del mundanal ruido y, es largo de contar, pero acabó decidiéndose por Humbler City. Allí buscó a un agente de fincas para la venta de alguna casita que sirviera a sus propósitos y, miren qué casualidad, acabó hallando a un tal Eddie Thomaston.

Eddie Thomaston no era el que ya hemos conocido, sino su hermano. Eddie se había hecho cargo de los negocios de su desaparecido hermano, y la gente, a veces, llegaba a murmurar si en lugar de dos Thomaston no habría uno solo y que éste había asesinado al juez y al sargento, cuya desaparición había llegado a constituir uno de los misterios más indescifrables de los últimos cincuenta años en la historia de los sucesos de Estados Unidos.

Pero las rotundas manifestaciones de la señora Maçedo y de Joe Bugsley disiparon bien pronto toda duda acerca de la supuesta coincidencia de dos personas en una sola. Ellos, habían manifestado, conocieron bien al desaparecido señor Thomaston, y, aunque físicamente los dos hermanos eran muy parecidos, no podían ser confundidos en modo alguno por una persona dotada de un mediano espíritu observador.

El caso es que, desde hacía unos cinco o seis años, Eddie Thomaston regía el negocio de quien ya se consideraba como su difunto hermano. Lo único que intrigaba a las gentes, honradas y buenas, pero murmuradoras de Humbler City, era el modo cómo se las arreglaba para subsistir, pues en todo el tiempo que Eddie llevaba en la pequeña ciudad, apenas si había efectuado una docena de transacciones comerciales de poca monta, cuyas utilidades, forzosamente, hubieron de ser escasas. Pero el señor Thomaston era puntual en sus pagos, no debía nada a nadie y, además, asistía a la iglesia todos los domingos, de forma

que, a última hora, casi se llegó a olvidar tal detalle.

La historia de cómo Jim Langley acabó dando con sus huesos, sus efectos personales, sus libros y sus aparatos de física y ultrafísica en la casa que antaño fuera del señor Rodoran, sería muy larga de contar y no merece la pena gastar espacio en ella. Baste saber que Jim acabó comprando la casita, no sin que antes, bien honradamente por cierto, Eddie Thomaston le hubiera advertido de los peligros que podía encontrar en la casa.

—El pueblo murmura que está embrujada, señor Langley. Cuatro hombres, entre ellos mi querido hermano Cyrus, desaparecieron en ella, y la verdad, no me gustaría que usted hiciera el quinto.

—¡Bah! Los fantasmas los creo yo con mis aparatos, señor Thomaston —le contestó humorísticamente el joven—. Yo no creo en esas manifestaciones, supuestas, desde luego, del más allá. Vamos, déme la escritura de venta y se la firmaré en seguida.

Después de aquello hubo un período que podríamos llamar de adaptación, durante el cual Jim se ocupó de prepararlo todo para sus próximos trabajos. Por supuesto, el joven subió al desván, hallándolo muy acomodable para sus futuros trabajos, pero no se le ocurrió, preocupado como estaba en la labor, abrir siquiera la puerta fatídica. Lo único que hizo fue pensar en el constructor de la casa como un solemne idiota, por haber colocado una puerta en un lugar que carecía de utilidad alguna, después de lo cual borró tales pensamientos de su cerebro y se entregó de lleno a las tareas preparatorias de sus experimentos.

Con Jim llegó a la casa una mujer de mediana edad, Rosa Devaro, antigua ama de llaves de sus padres y cuidadora suya desde que el joven los perdiera antes de cumplir los veinte años. Rosa tenía un aspecto muy agradable, era simpática y, pese a sus cincuenta y tantos años, desarrollaba una notable actividad en todo cuanto concernía al orden y mantenimiento de una casa, de modo que Jim no tenía que preocuparse en absoluto por este lado. Rosa quería al joven como a un hijo y Jim le correspondía con el mismo afecto, el cual se veía enturbiado en algunas ocasiones cuando Rosa le mencionaba la edad y le decía que tenía la suficiente para estar casado y ser padre de dos niños cuando menos. Jim sostenía que su trabajo lo era todo para él y ahí quedaba la cosa... hasta la próxima discusión.

En tanto se instalaba en su nuevo domicilio, cuya elección juzgaba Jim como sumamente acertada, hubo de contestar varias cartas, las cuales había recibido como respuesta a un anuncio publicado en los periódicos. De todas las recibidas, el joven seleccionó una, después de examinado atentamente su contenido, así como la documentación que la acompañaba, y escribió a su autor, un tal C. L. Browning, para que viniese a entrevistarse con él y acordar los términos de una posible ayudantía en sus trabajos.

C. L. Browning se presentó dos días más tarde. A su llamada acudió Rosa.

—El señor Langley me escribió para que viniera a verle. Soy C. L. Browning.

Rosa, arqueó las cejas, pero no dijo nada. Fue a llamar a Jim, simplemente.

Cuando Jim llegó al vestíbulo se detuvo como herido por un rayo.

—¿Dónde está el señor Browning? — exclamó sin poderse contener.

—Aquí — exclamó la persona aludida con una suave sonrisa en sus rojos labios.

C. L. Browning era joven, tenía el cabello como hebras de oro viejo, unos soberbios ojos de color del mar y un tipo estupendo. A su lado había dos maletas, repletas de ropa a juzgar por su volumen.

Jim frunció el ceño.

—Si se trata de una broma — dijo —, es de pésimo gusto. Yo escribí al señor Browning...

—Perdone — le interrumpió ella, con voz bien educada, que no dejaba transparentar la irritación que sentía en su interior—. Usted escribió a C. L. Browning, que no es lo mismo.

—Yo creí que se trataba de un hombre — gruñó el joven, descontento.

—Estamos iguales — dijo ella con toda frescura

—¿Iguales?

—Sí. Yo también pensé encontrarme ante un viejo calvo, miope y con el chaleco manchado de ceniza. Y en lugar de ello...

Jim se echó a reír, satisfecho íntimamente, pues la sorpresa de C. L. Browning le había halagado mucho, ya que, a pesar de su sabiduría y su amor al estudio, poseía la estampa de un campeón de fútbol y la reciedumbre de un luchador.

—Tiene usted razón, señorita; estamos iguales. Y ahora, si no le molesta mucho, ¿le importaría decirme qué significan esas iniciales?

—Coral Louise, señor Langley. Como le dije en mi carta, estoy graduada en física superior por la Universidad de Harvard y he seguido dos cursos de ultrafísica en Oxford. Le remití las fotocopias de mis certificados, y si quiere ver los originales...

Jim detuvo con la mano el ademán de la joven, que había empezado a abrir su bolso de mano.

—Está bien, señorita Browning; me basta con su palabra. Ahora, si usted no tiene inconveniente, pasaremos a mi despacho a discutir los términos de

nuestra futura colaboración. Le supongo enterada de mis trabajos en la materia, ¿no es así?

—Por supuesto, señor Langley. Su transmisor ultrarrápido, instantáneo mejor dicho, es algo que todo estudioso de ultrafísica no puede por menos de tener presente al iniciar su labor. Realmente, es fascinador...

Una hora más tarde, Jim salía de su despacho y lanzaba un grito.

—¡Rosa!

La aludida llegó al momento.

—Rosa, la señorita Bro... wning se queda. Prepárale una habitación, ¿quieres?

—Sí, Jim. ¿Por mucho tiempo?

—Depende de nuestros trabajos, Rosa; eso es algo que, por el momento, no puedo anticiparte.

—Bien, bien — murmuró la mujer, retirándose a cumplir con lo que le hablan ordenado.

Pocos días más tarde, los trabajos de instalación estaban concluidos. Jim había hecho derribar un tabique en la planta baja de la casa, quedando así una espaciosa habitación en donde había un, en apariencia, maremágnum de aparatos cuya sola visión hubiera hecho enloquecer a un profano en la materia. El generador de energía estaba instalado en la planta baja y tenía una dínamo capaz de producir, a bajo coste, voltajes elevadísimos, que eran graduados mediante el control correspondiente, desde la misma habitación.

Mientras Jim andaba de un lado para otro, dando afanosamente los últimos toques a la instalación, la joven miró distraídamente los libros que había sobre un anaquel cercano.

—¡Vaya!— exclamó de repente, al reparar su vista en un título.

—¿Qué es lo que le hace decir vaya? — inquirió Jim, vuelto de espaldas a ella, manipulando unas palancas de control.

—Esto — repuso Coral. No sabía que era usted aficionado a tal clase de lecturas.

—Si no se explica mejor, no podré saber a qué se refiere usted. ¡Maldita...!

—¿Eh? ¿Qué? — exclamó Coral, asombrada.

—No lo decía por usted, dispénseme, sino por esta condenada tuerca... ¡Uf! ¡Ya está! Si tuviera al fabricante al alcance de mi mano, le calentaría las orejas, y no con palabras precisamente. ¡Ladrón!

Jim continuó con su labor. Unos instantes más tarde, Coral preguntó:

—¿Cómo le dio a usted por leer este libraco, señor Langley?

—Todavía no me ha dicho de qué se trata, señorita Browning.

—Véalo usted mismo.

Jim suspendió la labor y se volvió. Frunció el ceño un momento, desarrugándolo casi al instante.

—¡Ah! Sí, es la obra de Wyndham «De la Multiplicidad de los Mundos Siderales». Tiene algunos conceptos muy atrevidos, en mi opinión.

—Y muy originales también — asintió Coral.

El turno de la sorpresa llego ahora para Jim.

—¿Cómo? ¿Usted también ha leído esa obra?

—Claro que sí. Y algunas cosas de las que hay escritas me agradaron bastante. Por supuesto, la mayoría de lo que dice el libro es un fárrago insoportable, pero, sabiéndolo extraer, hay en él mucho material aprovechable.

Jim suspendió su labor. Sacó cigarrillos, se puso uno en la boca y luego se palmeó los bolsillos en busca de fuego.

—Tome — le dijo ella, acercándole un encendedor automático.

Jim aspiró el humo, y luego, mientras lo devolvía a la atmosfera, contestó:

—Gracias. Sí, tiene usted razón; hay mucho material aprovechable. En parte de las teorías de Wyndham me he apoyado para mis investigaciones y espero continuar sirviéndome de ellas para mis trabajos posteriores. Creo, efectivamente, en la división de los átomos naturalmente, lo cual podría crear un mundo idéntico al nuestro, paralelo, como si dijéramos, en el que los acontecimientos podrían desarrollarse, sin embargo, de modo completamente diferente y aun opuesto.

—En ese mundo — dijo ella—, usted podría ser un criminal.

—O un santo, ¿quién sabe? Pero eso sólo ocurriría de haber nacido en dicho mundo. De momento, estoy en éste.

—¿Y no creo usted posible poder pasar a dicho mundo?

Jim sacudió la cabeza.

—De momento, ignoro cómo. Mis trabajos, como sabe, van encaminados a otra cosa que, aunque en apariencia es diferente, en el fondo no deja de tener cierto parecido. He conseguido transmitir la voz humana, de modo instantáneo, a millones de kilómetros de distancia, liberando así los mensajes rabiados de la onerosa servidumbre que impone el límite máximo de

trescientos mil kilómetros por segundo. Mi ideal sería, es, mejor dicho, conseguir tal cosa con entidades sólidas, no importa si se trata de un lápiz o de diez toneladas de cemento.

—A eso se le puede llamar teleportación, señor Langley.

—Efectivamente, la palabra es la justa, señorita Browning. Pero hasta ahora ha sido más bien aplicada a cosas que, se suponía era factible, podían moverse mediante los poderes de la mente, nunca, como nosotros lo vamos a intentar, por medios puramente físicos.

—Arruinará usted a las Compañías de transportes— rio ella.

Jim sacudió la cabeza.

—No, porque tal cosa no podría efectuarse aquí, en la Tierra. Al menos, en una. escala grande, como usted quiere dar a entender. Mis trabajos van encaminados a suprimir los viajes astronáuticos. En la Tierra hay muchos obstáculos que podrían causar serios inconvenientes para los objetos teleportados, llegando a destruirlos incluso, y éstos, a su vez, destruyendo los obstáculos que encontrasen a su paso. Posiblemente, podrían pasar a través de ellos, pero la menor falla en los mecanismos de teleportación causaría, sin duda, gravísimas catástrofes, cosa que no ocurriría efectuándolo en un medio carente de objetos intermedios, como es el vacío del espacio.

—Entiendo. Entonces, supuesto que nuestros... perdón — se corrigió la muchacha, tras breve sonrojo que sus trabajos dieran el éxito apetecido, se podrían trasladar las mercancías a Marte, de modo instantáneo.

—Las mercancías y las personas, no lo olvide. Se instalarían estaciones de teleportación en lugares despejados, tales como cimas de montañas aquí y extensiones de desiertos en Marte, con lo cual suprimiríamos las posibilidades de una catástrofe. Los viajes interplanetarios se harían así con enorme facilidad y gran economía y, entonces, la colonización de Marte y los restantes planetas se efectuarla en un tiempo mínimo.

—Pero, para efectuar un viaje entre la Tierra y Júpiter, por ejemplo, se necesitarían antes unos cuantos viajes ordinarios, a fin de llevar a este último planeta los aparatos necesarios para instalar en él la estación de teleportación.

—Eso es lógico— asintió el joven—. No se puede emitir un mensaje radial a Júpiter y esperar que sea recibido y contestado, si no se ha instalado antes la emisora correspondiente. Pero una vez situada allí, lo demás es cuestión ya de rutina.

—Desde luego — contestó la joven —. El proyecto tiene fascinantes atractivos y su gloria sería inmensa si usted llegara a conseguirlo.

—La gloria me importa un rábano. Trabajo, sin inmodestia alguna, por amor al arte, valga la frase. Me gusta mi trabajo; la ultrafísica tiene todavía

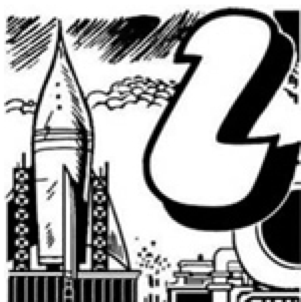
muchos misterios por desvelar y yo soy uno más de los que luchan por exponerlos a la luz del día.

Coral se sintió conmovida por la fe del joven.

—Le ayudaré en la medida de mis fuerzas, señor Langley — dijo.

Y así fue; los dos jóvenes, cada vez más compenetrados, siguieron trabajando sin descanso, hasta que, varios meses más tarde, Jim juzgó que la cosa estaba ya lo suficientemente madura como para efectuar el primer intento.

CAPÍTULO III



A estación emisora de teleportación estaba en la planta baja. La receptora en el desván. Ambas estaban unidas por un hilo visofónico, de modo que Jim y Coral pudieran comunicarse instantáneamente las incidencias surgidas en el curso del experimento.

Básicamente, el aparato consistía en dos altas columnas de vidrio, sustentadas por amplias bases del mismo material, en cuyo interior se veían una serie de complicados instrumentos que formaban un amasijo tal que nadie, excepto el propio constructor, hubiera sido capaz de desentrañar su contenido.

De cada columna y a unos tres cuartos de su longitud, partían una especie de campanas metálicas. muy brillantes, cuya parte más estrecha se retorcía sobre sí misma un par de veces, a modo de trompa de caza. El diámetro de la boca era ligeramente superior al metro y ambas estaban en posición ligeramente inclinada hacia abajo, de modo que sus ejes siguieran una dirección convergente, yendo a recaer sobre una mesa, también de vidrio, la cual no tenía otro objeto que situar en su centro el sujeto de la experiencia.

Frente a las columnas y en su centro, había una mesa tablero de control, llena de esferillas, diales e indicadores, con sus respectivos controles. Las columnas que sustentaban el aparato tenían dos metros y medio de altura y eran completamente independientes. De su parte inferior, antes de llegar al suelo, salían dos abultamientos que iban estrechándose, hasta permitir el paso de un grueso cable, el cual, atravesando el pavimento, iba a parar al generador de energía. Sobre la mesa de control y en un ángulo da ella, se veía una pequeña pantalla de televisión, conectada con el desván, de modo que tanto Jim como Coral pudieran ver lo que ocurría en cada uno de los dos lugares.

En el desván se había instalado un aparato exactamente igual. Coral se había impuesto en su funcionamiento y lo manejaba tan bien como Jim.

La joven vestía una blusa azul y unos pantalones negros, atuendo que realzaba extraordinariamente su belleza. Pero ella lo hacía por comodidad y no por coquetería, pese a lo cual, Jim, que no era insensible ni mucho menos a los encantos de Coral, se dijo que aquel día estaba más bonita que nunca y

hasta llegó a pensar, en un imperdonable ataque de herejía científica, si no sería mejor casarse con ella y enviar aquellos condenados experimentos a paseo, buscándose una ocupación más cómoda y remuneratoria.

Al fin, el buen sentido se impuso. Y el ansia de probar el aparato, también.

Antes de empezar, se miraron a los ojos, hondamente emocionados.

—¿Saldrá bien, Jim? — murmuró ella.

—Así lo espero, Coral. Vamos, no perdamos más tiempo.

Ella asintió, dirigiéndose con paso fácil y suave hacia el desván. Jim, por su parte, buscó en un rincón de la estancia una jaulita en la que había varios conejillos de Indias y tomó uno de ellos.

Lo llevó con mucho cuidado hasta la mesa, situándolo en su centro, bajo una pequeña campana de cristal, con objeto de que el animal no pudiera escaparse. Antes de dejarlo allí, le acarició suavemente el lomo.

—Muchacho, si la cosa sale bien, vas a ser el primero en viajar a través de los obstáculos. La cámara cinematográfica te hará célebre.

Después de esto colocó la campana. El cobaya se movió inquieto en aquel reducido espacio, como si temiera algo inesperado, pero Jim ya no le hacía caso, muy ocupado en poner en funcionamiento el televisor que unía las dos estancias.

El rostro de Coral apareció al instante.

—¿Todo listo? — preguntó el joven.

—Todo listo, Jim — asintió ella, con la expresión muy seria.

Jim la envió un saludo con la mano e, inmediatamente, empezó a manipular en los controles.

Lo primero que hizo fue poner en funcionamiento la cámara cinematográfica que tenía en un costado, de modo que el objetivo recogiera todas las imágenes con la suficiente claridad. La película tenía que reflejar íntegramente la operación y la había situado de tal forma que a él se le vería de soslayo, maniobrando en el tablero, frente a la mesa donde estaba colocado el animal. Al mismo tiempo, se había colgado del cuello un micrófono, con el que recogería también el sonido, pues quería que, al proyectarse la película, su voz fuera explicando todas las fases de la operación.

Mientras hablaba, sus manos volaban ágilmente sobre los controles. Manejó uno de éstos que hizo aproximarse aquellas extrañas campanas, hasta que su boca quedó a menos de medio metro de la de cristal que encerraba el cobaya. Una vez todo en marcha, ya sólo quedaba poner en funcionamiento el aparato.

El voltaje aumentó grandemente. Un sordo zumbido subía del sótano, proveniente de la dínamo trabajando a toda intensidad. Pero el interior de las columnas de vidrio se veían, de modo esporádico, algunas chispas multicolores, de escasa intensidad lumínica.

La mano de Jim hizo girar una aguja sobre un círculo graduado, en tanto que su vista iba, alternativa y rápidamente, del círculo a la mesa. La aguja fue subiendo lentamente, recorriendo la escala graduada milímetro a milímetro.

Por unos momentos no ocurrió nada y Jim empezó a temer por la suerte de su experimento. Pero, de repente, la decoración varió.

El joven se dio cuenta a tiempo de que, estaba grabando sus palabras; de lo contrario, una exclamación poco acorde con su condición de sabio hubiera ido a parar al registro sonoro del film. Pero sus ojos brillaron con un fulgor de triunfo.

Coral, que lo observaba a través de la pantalla, se dio cuenta también de que empezaban a triunfar. Una sonrisa de satisfacción apareció en su lindo rostro.

Las campanas metálicas cambiaron de aspecto. Con suave rapidez, se iluminaron por sí solas, de tal forma que parecían estar hechas de luz, una luz dorada que, naciendo en ellas mismas, en su interior, no iluminaba, sin embargo, el espacio circundante. Era como si todas sus moléculas ardieran con un fuego dorado que no producía la menor partícula de calor.

La intensidad de aquel resplandor creció enormemente, mas, cosa extraña, no perjudicaba en absoluto a la vista. Jim arrojó un rápido vistazo a la pantalla visora y se dio cuenta de qué las campanas correspondientes del desván estaban adquiriendo la misma propiedad.

De pronto, el corazón se le paró en el pecho. Instintivamente se echó hacia adelante, al mismo tiempo que su mano hacía girar un par de puntos más la aguja. El cobaya se había inmovilizado y parecía sumido en un profundo sueño, replegado sobre sí mismo hasta parecer un pequeño ovillo de blanco algodón.

La imagen del conejillo se transparentó de modo tan brusco, que parecía haberse transformado en vidrio. A través do su piel se veían todos sus órganos internos, pero un segundo más tarde éstos se habían también transparentes.

La bestezuela continuó esfumándose. A Jim le pareció que había pasado un tiempo interminable, pero, de reponte, se dio cuenta de que ya no estaba allí.

Bruscamente, un grito que más bien era un alarido, hirió sus oídos.

—¡Jim! ¡Jim! ¡Lo hemos conseguido! ¡Está aquí! ¡Está, aquí! ¡Sube, pronto!

La pantalla le dijo que Coral no mentía. Loco de alegría, Jim abandonó todo y, salió de la habitación, echando a correr escaleras arriba.

Sus pasos resonaron fuertemente por toda la casa, de tal modo que Rosa, que estaba atareada en la cocina, salió fuera. Miró hacia arriba y meneó la cabeza con pesimismo.

—¡Estos chicos...!— dijo, y luego, alzando los hombros, volvió a su tarea.

Arriba, en el desván, los «chicos» se inclinaban sobre la mesa que había situada entre las dos columnas, contemplando, con los ojos desorbitados, el animalillo, el cual, en aquel instante, se sacudió como si saliera de un profundo sueño y echó a correr bajo la campana de vidrio, buscando en vano la salida.

—¡Dios mío! — exclamó el joven, aun sin dar crédito a lo que veía—. Lo hemos teleportado.

—El mundo te aclamará — dijo ella, incorporándose y mirándole gravemente a los ojos.

—El mundo... Oh, qué tonterías dices, Coral. Yo no quiero otra cosa que...

Jim miró fijamente a la muchacha, cuyos labios temblaron un segundo. El esbelto seno de Coral subió y bajó unos momentos, alterada su respiración de modo brusco, al sentir sobre sí la extraña mirada del joven, llena de una expresión como no la había visto nunca antes de ahora.

El encanto de aquel momento fue roto súbitamente por un carraspeo del joven.

—¡Ejem...! Sí, Coral, ha sido un experimento magnífico. Ahora... ahora tendríamos que intentarlo en mayor escala.

La muchacha trató de ocultar heroicamente la profunda decepción que la actitud de Jim le había causado.

—Por supuesto que sí, Jim — dijo, en tono impersonal, después de lo cual se levantó de la mesa de control.

Dio la vuelta detrás de la misma y al hacerlo, su mano chocó con algo.

—¡Ay! — exclamó sin poderse contener, llevándose luego la parte afectada a la boca, en un movimiento instintivo.

—¿Qué te ocurre? — inquirió él, alarmado, corriendo a su lado.

Coral sonrió.

—No ha sido nada, Jim. únicamente me di un pequeño golpe, con el pestillo de esta puerta.

—Bueno, me habías asustado dijo el joven, cuyo rostro adquirió de repente una expresión de gravedad—. ¡Caramba! —exclamó—. ¿Para qué habrán puesto esta puerta aquí?

—A mí me parece que no tiene ningún objeto — declaró ella, frotándose la mano—. Ya me había fijado en ella desde el primer día, pero nunca se me ocurrió abrirla. Para bajar al jardín está la escalera, ¿no te parece?

—Yo creo que sí. Acaso la hicieron pensando en construir una escalera exterior que accediera directamente al desván y luego se arrepintieron.

—Posiblemente. De otro modo, es inexplicable su colocación aquí.

Coral la contempló un segundo. Después, alzando los hombros, dijo:

—Bien, en todo caso, no debe preocuparnos mucho. Ahora lo que nos interesa es revelar la película y...

Pero Jim la interrumpió.

—¡Aguarda un momento! Esta puerta pudiera tener acaso alguna utilidad para nosotros. Vamos a ver...

Tomó con la mano el pestillo. Coral estaba a su izquierda.

Jim abrió de un golpe la puerta, hasta que la hoja formó un ángulo recto con el muro. Él y Coral se quedaron instantáneamente con la boca abierta.

¡No había nada al otro lado!

Lo lógico era que se hubiera visto el jardín desde allí arriba, situado a unos seis o siete metros bajo ellos. Pero en lugar del jardín, de unas plantas, de unos árboles, no se veía nada.

La palabra nada no es exacta. Algo había allí, al otro lado del umbral. Pero no tenía nombre, no se podía definir.

—¡Cielos! — exclamó Jim cuando, al fin, hubo recuperado el uso de la palabra.

—¡Dios mío! — musitó la muchacha.

Frente a ellos se extendía una infinita penumbra, gris. Era un mundo inconmensurable, de color gris fuerte, un poco claro en el centro, como si fuera una espesa bruma cuyo velo quisieran atravesar, sin poderlo conseguir, los rayos de un sol situado en el otro lado. Pero nada, absolutamente nada más, se veía al otro lado de la puerta.

Bruscamente, la muchacha se estremeció. Algo indefinible, horrendo, que no podía expresarse con palabras, había asaltado su cerebro. Un escalofrío recorrió su espalda y, sin poderse, contener, tomó el brazo del joven, apretujándose contra éste, como buscando protección.

—Jim, esto es horrible — murmuró.

El joven asintió. Pero, reaccionando al cabo, dio un paso hacia adelante, situándose exactamente bajo el dintel de la puerta.

—¡Cuidado, Jim! —gritóle ella.

—No pases pena, muchacha. Sólo quería confirmar una hipótesis mía... — y luego de tales palabras, avanzó un paso, situando el pie en el exterior—. ¡Diablos, esto sí que es extraño!

—¿A qué te refieres, Jim? — preguntó la muchacha, acercándosele.

—Pues, verás... aproxímate, anda. Asoma un poco la cabeza. ¿Te das cuenta de lo que sucede?

Coral hizo lo que le decían. Inclinó la cabeza, mirando hacia abajo, donde aquella grisácea opacidad parecía extenderse también hacia el infinito, sin que de la pared exterior de la casa pudiera verse el menor rastro.

—Me da miedo, Jim, mucho miedo — insistió ella—. Vámonos de aquí.

El joven le palmeó la mano, tratando de tranquilizarla.

—Vamos, vamos, no tengas miedo. Fíjate en esto. Parece que debajo de nosotros no haya nada, que la puerta sea la salida a un abismo sin fin, pero, si adelantas el píe, encuentras un apoyo sólido. Mira, ahora pongo yo los dos, ¿te das cuenta?

Pero Coral insistió en sus temores y no se quiso mover de allí. Era algo espantoso, fantasmagórico, ver a Jim al otro lado del umbral, flotando aparentemente en el aire, sin nada sólido que lo sostuviese bajo sus pies.

—¡Jim, vuelve! — gritó de pronto, dándose cuenta de que el joven había avanzado dos o tres pasos más.

El joven obedeció, sonriente. Pero, de pronto, la sonrisa se esfumó de sus labios.

¡No había casa! ¡No había jardín! ¡No había ciudad! ¡No había nada!

En lugar de la casa, del jardín, de la ciudad, no había en torno suyo más que soledad, una soledad gris, absoluta, infinita. Por todas partes hacia donde miraba, no veía más que una opaca penumbra, llena de un clamoroso silencio que aturdía y golpeaba hirientemente el cerebro con sus mudas sonoridades.

Por primera vez desde que abrieran la puerta, Jim sintió miedo.

—¡Coral! ¿Dónde estás? — clamó.

La voz de Jim le llegó a la muchacha extrañamente lejana, como envuelta en brumosos algodones pese a que lo tenía a cuatro o cinco metros de distancia y lo veía perfectamente. Se dio cuenta de que al joven le sucedía

algo grave y se dispuso a ayudarle.

—¡Aquí, Jim! — repuso—. Voy a buscarte.

Las palabras de ella surgieron envueltas en un tormentoso silbido, que ululó por aquella inmensidad gris con siniestros trémolos.

Pese a todo, Jim las entendió y contestó con un alarido.

—¡No, Coral, no! ¡Por lo que más quieras, no te muevas de donde estás!

La muchacha había avanzado ya una pierna fuera de la puerta, y se quedó donde estaba al oír a Jim. Éste, por su parte, cubierto totalmente de sudor su cuerpo, echó a correr.

Algo muy duro lo detuvo bruscamente. Se golpeó una rodilla y una ceja contra aquel obstáculo, pero, en el mismo momento en que emitía un rugido de dolor, una mano le asió el brazo.

Era Coral.

—¡Por aquí, Jim! —exclamó la muchacha ansiosamente, tirando de él con todas sus fuerzas.

El joven dio un paso lateral, otro frontal ¡y se encontró de nuevo en el desván!

Casi con sus últimas fuerzas, cerró la puerta y se apoyó contra ella, lívido y sudoroso.

—¡Dios mío...! —jadeó, sin aliento—. ¡Qué cosa tan horrible!

—¿Qué es lo que había allí, Jim?

Él la miró con gravedad, tratando de recuperar el aliento perdido.

—Podrás creerme o no, Coral; quizá me taches de loco, posiblemente de visionario, pero no había nada. ¡Y no podía verte a ti! Ni tampoco a la casa. Todo era gris, gris, una inmensa extensión gris, absolutamente silenciosa, cuyo fin no se veía por parte alguna.

Hubo una pausa de intensa quietud por parte de los dos jóvenes. Al cabo, ella murmuró:

—Jim, ¿no crees que esta cosa tan extraña pueda tener alguna relación con nuestros experimentos?

—No lo sé; tendríamos que ocuparnos de ello seriamente. Yo... ¡Diablos!, se me acaba de ocurrir una idea.

—¿De qué se trata, Jim?

—Como recordarás, hemos hablado en diferentes ocasiones de las personas que se rumorea desaparecieron en esta casa. Cuatro, según creo, hasta ahora.

—¿Sugieres que atravesaron el umbral de la puerta, Jim?

—Sería capaz de poner mi mano al fuego por afirmarlo, Coral. A cinco metros de la casa ya no se veía nada en absoluto. Fíjate que yo eché a correr y tropecé con la pared, porque no había atinado con la puerta. ¿Qué crees tú que les pudo suceder a esas personas, si, atraídas por una curiosidad malsana, se alejaron demasiado?

—Que no encontraron el camino de vuelta, Jim — dijo ella gravemente.

—Exacto — asintió él.

Después, hubo otra pausa. Pero, medio minuto más tarde. Jim exclamó:

—¡Ven conmigo, corre!

Antes de que pudiera replicar, la muchacha sintió que Jim le tomaba la mano y tiraba de ella. Olvidados por completo de sus experimentos de teleportación, los dos jóvenes corrieron hacia abajo con gran estrépito de pisadas, cosa que provocó la indignación de la excelente Rosa.

En unos segundos salieron al jardín por la puerta trasera. Dieron la vuelta a la casa, situándose frente a la fachada lateral en donde Jim calculaba debía de estar la puerta.

Pero al llegar allí, una doble exclamación se escapó de sus labios simultáneamente.

En la parte alta, la fachada lateral era completamente lisa. ¡No había el menor rastro de puerta alguna!

CAPÍTULO IV



N el piso inferior, una ventana, dos en el primero y, a la altura del desván, nada, excepto la fachada, completamente lisa, sin que las falsas tablas que la componían tuvieran la menor solución de continuidad.

Jim y Coral se miraron boquiabiertos, atónitos, completamente estupefactos. Ninguno de los dos podía comprender tal misterio.

Por si se hubiera equivocado, Jim caminó rápidamente hasta el lado contrario. La otra fachada estaba también lisa, pero el joven sabía positivamente que en ésta no había ninguna puerta y que por aquel lado lo único que había, en su parte interna, era la escalera de acceso al desván.

Profundamente intrigados, los dos jóvenes regresaron a la casa. En el más completo silencio, se sentaron el uno frente al otro, pálidos, sin ánimos para hablar, rígidos como tablas, y en tal posición los encontró media hora más tarde el ama de llaves.

Rosa se extrañó de encontrárselos en aquel sitio en lugar del de su trabajo.

Preguntó:

—Chicos, ¿qué os pasa? ¿Estáis enfermos?

Hubo de repetir la pregunta antes de que Jim sacudiera la cabeza y la mirara con expresión ausente, como arrancado bruscamente a una espantosa pesadilla.

—¿Que... qué es lo que decía, Rosa?

—Preguntaba si estabais enfermos. Y debe ser cierto porque en los últimos días habéis trabajado como fieras. Aguardad un momento; os traeré una taza de café.

—Sí... sí, es una buena idea.

Cinco minutos más tarde, Rosa estaba de vuelta. Jim tomó un sorbo de café y la ingestión de la bebida pareció reanimarle, lo mismo que a la muchacha.

—Jim — murmuró ella al cabo de un momento—, ¿crees tú que lo que ha

sucedido en la puerta tenga algo que ver con nuestras experiencias de teleportación?

—No sé qué decirte. Durante todo este rato me he sentido un poco aprendiz de brujo. ¿No habremos desencadenado fuerzas misteriosas de la naturaleza desconocidas para nosotros, Coral?

—Pero la máquina teleportadora está dentro de la casa, no fuera, fíjate en el detalle — arguyó la muchacha —. Y ni siquiera un cable sale al exterior, porque toda la energía nos la proporciona nuestro generador particular. Los únicos filamentos que van al exterior son los del teléfono y la luz, que proviene de la central que surte a Humbler City. Y éstos no están conectados, en modo alguno, con los nuestros.

—Es posible — dijo Denis —, que hayamos creado un campo subespacial en torno al edificio al ejecutar por primera vez nuestro experimento. Las ondas emitidas por las trompas no se limitan exclusivamente al ámbito de la mesa donde estaba situado el cobaya, sino que, a manera de las hertzianas, se expanden por todo el ámbito circundante. Una emisión de radio, dirigida a determinada estación, puede ser captada por ésta y por todas aquellas que hagan funcionar sus receptores en la misma longitud de onda.

—Muy bien, pero ¿quién ha hecho funcionar una tercera máquina teleportadora? Además, lo que vimos no tenía el menor parecido con lo que estábamos haciendo.

—Pero no sabemos si esto es consecuencia de aquello.

—¿Y por qué iba a serlo? Mira — exclamó Coral, señalando con la mano hacia la ventana—. Ahí se ve el jardín, los árboles, la calle, las casas fronteras. Según tú, desde el otro lado del umbral no se divisa nada. ¿Por qué?

—Se me ocurre una idea — exclamó él de repente—. Vamos a ver si se trata de nuestras máquinas, es decir, si tal efecto es creado por su funcionamiento.

—Ahora están paradas.

—Pero el generador continúa en marcha — objetó él —. Quiero ver lo que ocurre cuando está parado.

—Una buena idea —aprobó la muchacha.

Antes de salir del comedor, sin embargo, Jim fue hacia un aparadorcito, del que extrajo una botella de coñac. Sirvió dos copas y entregó una a la muchacha, bebiéndose la suya de un trago.

¡Ajá! Esto está mucho mejor. Vamos, Coral.

Desconectar el generador fue cosa de un instante, tras de lo cual, los dos jóvenes volvieron a subir de nuevo al desván. Se encaminaron rectamente

nacía la puerta, pero, cuando ya estaban llegando a ella, Coral lanzó un grito.

—¡Jim!

—¡Coral! ¿Qué te ocurre?

La mano temblorosa de la muchacha señalaba hacia la mesa que estaba situada en el centro de la máquina teleportadora. Jim miró hacia allí y al instante lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Dónde está el cobaya? — gritó.

—No lo sé — replicó ella—. Cuando salimos de aquí, nos lo dejarmos bajo la campana de vidrio. Y ahora... ¡ha desaparecido!

Un soplo de algo impalpable, pero helado, recorrió los cuerpos de ambos jóvenes. Coral, instintivamente, se acercó a Jim, tomándole de la mano.

Hubo una pausa de silencio, durante la cual pudo oírse claramente el sonido de la garganta del joven, al deglutir un par de veces. Después, recuperándose, dijo;

—Lo habremos bajado nosotros y no nos acordamos, Coral.

Ella sacudió la cabeza.

—De aquí fuimos directamente al jardín, a situarnos bajo esta fachada. Y ninguno de los dos teníamos las manos ocupadas.

Jim asintió, pues ella tenía razón.

Fuera como fuera, el conejillo de Indias había desaparecido y muy misteriosamente además, puesto que el animalillo no tenía la potencia suficiente para derribar la campana de vidrio y huir. Esto aparte, tendría que haberla roto al tirarla, pues era de cristal natural, no vidrio artificial; y la campana aparecía completamente intacta.

—Voy abajo — dijo él—. Quizá nos olvidamos de desconectar la máquina y devolvimos el cobaya a la emisora.

Ella asintió y quedó allí, aguardando a Jim, el cual no tardó mucho en regresar, con una honda arruga en el centro de la frente.

—Tampoco está allá abajo, ¿verdad?

Jim meneó la cabeza.

—No; y todo aparece en el mayor orden. De ser Rosa otra clase de persona, tendríamos motivos para sospechar de ella, pero ya sabes que ni siquiera hace la limpieza de los laboratorios y que no toca nunca nada a menos que se lo digamos nosotros.

Coral asintió.

—Es cierto, pero ¿dónde podrá estar el cobaya?

Las miradas de los dos se dirigieron simultáneamente hacia la puerta misteriosa. Un momento permanecieron así, y luego el joven, saliendo de su estatismo, avanzó hacia ella.

Coral corrió hacia él.

—Jim, no, por favor, no la abras — rogó, muy pálida.

La mano del joven estaba ya apoyada sobre el pestillo.

—No pasaré del umbral.

Y al momento, abrió la puerta.

Coral no pudo ver nada, porque, situada a la derecha del joven, la misma puerta le ocultaba la visión de lo que había al otro lado. Pero, en cambio, sí podía ver con toda claridad el rostro de Jim y no pudo por menos de observar la expresión de infinito asombro que se pintó al instante en el rostro del joven.

Jim soltó una interjección de grueso calibre, como no la había oído Coral en todo el tiempo que llevaba de ayudante a su lado.

—¡Cuernos! — gruñó el joven, y ella, incapaz de soportar la tensión nerviosa del momento, dio la vuelta, situándose al otro lado de Jim.

Entonces fue cuando se explicó la estupefacción de Jim y le tocó a ella, a su vez, ser la estupefacta.

Había esperado ver el mismo panorama de la vez anterior, pero en lugar de ello, tenía ante sus ojos otro muy diferente.

A lo lejos, en el horizonte, se divisaba una cadena de montañas, algunas de cuyas cimas aparecían teñidas de blanco. Las montañas iban perdiendo altura hasta enlazar con un fertilísimo valle, por cuyo centro, como una cinta de plata, serpenteaba un anchuroso río, oculto a veces por los frondosos árboles que crecían en sus orillas. El suelo estaba cubierto de un verde y jugoso césped y, por todas partes hacia donde miraban, se veían más árboles de grandes copas, así como muchos matorrales y malezas que crecían de una forma harto selvática.

Un soplo de fresca brisa vino a acariciar los rostros de la pareja, trayéndoles delicados aromas de flores silvestres. Esto pareció sacarles del éxtasis en que habían caído.

—¡Dios mío! — exclamó la muchacha, espantada y admirada a la vez—. ¡Qué panorama tan hermoso!

Pero el espíritu de Jim no se sentía inclinado a la contemplación. Su vista estaba inclinada hacia el suelo, habiendo advertido que el césped comenzaba allí mismo, en el umbral de la puerta.

Dio un paso hacia adelante.

—¡Jim, no te muevas! — gritó la muchacha, aterrorizada.

El joven se detuvo, a sólo un metro de la puerta. Giró sobre sus talones y sonrió.

—No ocurre nada, querida. ¿Lo ves? Ahora no es como antes. Ahora tengo algo sólido bajo mis pies y puedo verte a ti. Ven, daremos un paseo por estos alrededores.

Pero ella no se movió.

—Jim, tengo miedo.

—¡Tonterías! Eso ya lo dijiste antes. Ven, te digo.

Coral sacudió la cabeza.

—Nunca he creído en fantasmas, brujerías ni encantamientos, pero me parece que ahora estoy dispuesta a creer en todo eso. Debe de haber algún brujo o mago por las cercanías de la casa y quiere llevarnos hacia él...

—...para comernos los hígados y hacer un filtro mágico con nuestra sangre, ¿verdad? — se rió Jim —. Aquí ocurre algo, por supuesto; pero no lo que tú dices con acento tan agorero. Ven, te digo otra vez.

Con gesto renuente, la muchacha se arriesgó a atravesar la puerta, quedando a un paso de Jim. Éste alargó su mano, tomando la de ella.

—¿Lo ves? No pasa nada y... ¡Qué bien se respira aquí, Coral!

Dieron dos pasos más. De pronto, la muchacha, que había vuelto la espalda, lanzó un grito.

—¡Alto, Jim!

El joven se volvió.

—No sigamos, volvamos a casa — suplicó ella, y Jim empezó a preguntarse si, en el fondo, Coral no tendría toda la razón.

La casa se había difuminado de tal manera que, aun viéndose su estructura general, aparecía como una decoración transparente superpuesta sobre el paisaje que, idéntico en un todo al primero, se divisaba al otro lado. La puerta seguía viéndose, destacando en un tono algo más fuerte que el resto de la casa.

—No te muevas — dijo él—; voy a probar una cosa.

Andando hacia atrás, Jim retrocedió unos cuantos pasos. Encontró perfectamente natural que, a cada paso que daba, la casa fuera perdiendo su visibilidad, hasta desaparecer totalmente, como si no estuviera allí.

Pero Jim sabía que sí estaba, por lo que, caminando con infinito cuidado, regresó junto a la muchacha.

—Tienes razón — dijo —; no debemos rebasar esta distancia, porque

entonces, aunque nosotros nos veamos, la casa desaparece.

—Oh, Jim, estoy asustada — se lamentó ella —. ¿Qué podrá ser todo esto?

El joven se encogió de hombros.

Dijo:

—No tengo la menor idea. Sólo sé decirte que, casual o no casualmente, hemos dado con algo que de divulgarse causaría verdadera sensación. Sin embargo, yo opino que, por el momento, debemos guardar el más absoluto silencio y no decir nada ni aun a la misma Rosa.

—Me parece muy bien —asintió Coral, la cual, de pronto, giró sobre sus talones, recorriendo con la vista el panorama circundante —. Es maravilloso, Jim; nunca había visto nada semejante.

Jim asintió. Realmente, era un paisaje espléndido, iluminado por los rayos de un sol que brillaba con todas sus fuerzas allá en lo alto.

Frente a ellos, un espeso bosque de robles ocultaba, a unos treinta o cuarenta metros de distancia, la visión de parte del paisaje. De pronto, algo movió unos matorrales que había allí, entre los árboles.

Jim envaró todos sus músculos. Pero, antes de que pudiera hacer nada, un gracioso cervatillo salió frente a ellos, mirándoles dulcemente con sus almendrados ojos.

—¡Mira, Jim! — exclamó la muchacha—. ¿Has visto alguna vez algo más bello?

Antes de que Jim pudiera evitarlo, Coral corrió hacía el cervatillo, el cual continuaba inmóvil en su sitio.

—¡Coral, vuelve!— gritó el joven, sin atreverse a mover los pies del sitio, temeroso de perder de vista la casa

Pero no fueron las voces de Jim las que hicieron regresar a la muchacha, sino algo completamente inesperado.

No habría recorrido Coral diez metros cuando, bruscamente, un sonido absolutamente extraño en aquel lugar, hendió la atmósfera. El cervatillo vaciló un segundo sobre sus delgadas patas y luego, fulminado, cayó al suelo como un plomo.

Todavía flotaban en el aire los ecos de la detonación cuando Coral, aterrorizada, dio media vuelta y huyó, acogiéndose en seguida a la protección de los brazos de Jim. Éste la sujetó con ellos, sin dejar, a su vez, de contemplar la escena.

Un hombre apareció por un lado del bosque de robles. Su vestimenta y

equipo dejaron boquiabierto a Jim.

—¡Mira, Coral!

La muchacha levantó la cabeza del pecho de Jim y, como éste, se quedó atónita.

El hombre vestía de una forma totalmente anacrónica, con un chaquetón de piel con flecos, pantalones del mismo material y gruesas botas de campo. Llevaba sobre su cabeza una gorra de piel de zorro, cuya cola le bailaba en la nuca; y en la mano derecha sostenía un viejísimo fusil de chispa. La correa de un morral le cruzaba el cuerpo y en sentido contrario llevaba la de un cuerno, destinado, según pudo ver Jim, a guardar la pólvora. El cinturón que rodeaba su chaqueta era de sólido cuero y de él pendía la vaina de un ancho cinturón de caza.

El hombre también se quedó muy asombrado al verlos allí.

—¡Eh! —les gritó—. ¿Qué hacen ustedes ahí, sin armas? ¿Es que no recuerdan que estamos en territorio «arapahoe» y que los malditos «colorados» están en pie de guerra?

Antes de que hubieran podido comprender el significado de aquellas palabras, se oyó un ruido extraño. Crujieron unas ramas.

El cazador se volvió, justo a tiempo para ver a otra persona que se desplomaba sobre él, brotando de la espesura de la copa de un roble. Jim y Coral se quedaron boquiabiertos al ver que se trataba de un indio horriblemente emplumado y pintarrajeado, de cuya boca brotaba un feroz alarido al mismo tiempo que su mano blandía un pesado «tomahawk» de guerra.

La escena se desarrolló en tan breves instantes, que apenas si tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que sucedió. El cazador saltó a un lado esquivando el furioso hachazo que le dirigía el piel roja, quien, frustrado su golpe, cayó al suelo.

Agilísimo, el indio se incorporó al instante. Pero el cazador era hombre avezado en aquellos lances y ya había empuñado su largo fusil por el cañón. La culata golpeó con terrible fuerza el pecho del salvaje.

El indio cayó por tierra. El cazador tiró a un lado el fusil y sacó su cuchillo, cayendo como una fiera sobre su adversario. El cuchillo se movió un par de veces de arriba abajo.

Cuando el piel roja hubo muerto, el cazador, con rápidos gestos, limpió la sangre del cuchillo, frotando éste contra sus propios pantalones. Recogió el fusil y empezó a cargarlo por la boca, echando pólvora del cuerno que llevaba al costado, con rápidos y precisos gestos.

Apenas había terminado de hacerlo, cuando un salvaje alarido ululó en la

atmósfera de la campiña. El cazador tomó el rifle con ambas manos y miró escrutadoramente en torno suyo.

—¡Lárguense de aquí! — gritó—. ¡Los «arapahoes» vienen! — y sin más, echó a correr, desapareciendo en contados segundos en el interior del bosque.

La cosa ocurrió de modo tan súbito que antes de que los atónitos jóvenes tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que sucedía, se encontraron frente a una aullante banda de indios, armados con arcos y hachas. Los salvajes gritaron desaforadamente al ver dos blancos a menos de treinta metros de distancia y blandieron sus armas de modo harto significativo.

Jim no aguardó a más; cogiendo fuertemente la mano de Coral, tiró de ella, volviéndose hacia la casa a todo correr, en tanto sonaban tras ellos los feroces alaridos de los pieles rojas.

Llegaron en cortos segundos y atravesaron el umbral de la puerta, cerrándola precipitadamente, justo en el momento en que se escuchaban varios secos golpecitos al otro lado de la madera. Los gritos de los indios cesaron como por encanto de modo instantáneo.

Por un instante, Jim temió que los pieles rojas llegaron hasta allí y contuvo la respiración, al mismo tiempo que apoyaba el hombro contra la puerta. Estuvo en tal posición unos momentos, en tanto aguardaba, de un momento a otro, los golpes de hacha que le indicarían el propósito de forzar la puerta por parte de los salvajes, pero nada de esto ocurrió.

Al cabo de un buen rato, quiso averiguar lo que había al otro lado y, a tal efecto, abrió una rendija en la puerta. Pero la volvió a cerrar casi instantáneamente, porque una violenta ráfaga de aire, helado, terriblemente frío, acababa de arrojarle al rostro una turbonada de copos de nieve.

CAPÍTULO V



N la puerta de la casa donde vivía el agente de fincas, Jim y Coral se miraron con desconcierto.

—Mucho me temo — dijo ella—, que el señor Thomaston no pueda aclararnos este misterio, Jim.

—Eso mismo creo yo — murmuró el joven pensativamente—. Por lo visto, ha debido ausentarse de la ciudad.

—Es raro que no nos hayamos enterado de ello — contestó Coral.

—¿Enterarnos... de qué? Nos hemos pasado todos estos meses encerrados en casa, entregados de lleno a nuestra tarea, sin ocuparnos poco ni mucho de lo que ocurría fuera, de modo que, ¿por qué íbamos a saber que el señor Thomaston no se hallaba en Humbler City?

—Tienes razón, Jim — asintió ella—. Por este lado, pues, no podremos averiguar nada.

—Ni por ningún otro que no sea el de nuestro propio empeño, Coral — exclamó él, repentinamente irritado contra no sabía quién—. Hemos de descifrar el secreto de esa puerta y, lo haremos, ¡ya lo creo que lo haremos!

—¿Cómo? ¿De qué manera, Jim?

El joven alzó los brazos.

—No lo sé todavía. Pero, te aseguro, que un día u otro, quizá el menos pensado, lo conseguiremos. Ahora — agregó —, visto que el señor Thomaston no está en casa ni, probablemente en la ciudad, vámonos a la nuestra.

La señora Maçedo les confirmó la ausencia del agente de fincas.

—¿El señor Thomaston? Me dijo que iba a estar una temporada fuera de Humbler City. Los negocios, a lo que parece no le iban muy bien. Es claro; fuera de tres o cuatro chiflados, ¿a quién se le ocurriría comprar una casa en este poblado?

Jim pasó por alto la descarada alusión, hecha con más inconsciencia que

mala fe y, asintiendo a las palabras de la mujer, se retiró en unión de Coral.

Antes de llegar a su casa se detuvieron ante la de un hombre cuya puerta estaba abierta de par en par. Era la de Edison Macpherson, carpintero de profesión, al cual le alquiló el joven, por unas horas, una larga escalera de mano.

Mientras se efectuaba la operación, Coral no dijo nada; pero al terminar, cuando ya Jim caminaba hacia la casa, con la larga escalera al hombro, preguntó:

—¿Para qué quieres la escalera, Jim?

—Lo verás dentro de unos momentos, Coral — contestó él, con ceñuda sonrisa.

Caminaron en silencio los pocos metros que les restaban ya hasta la casa. Coral se adelantó para abrir la puerta de la valla que separaba el jardín de la casa, sosteniéndola en tanto Jim la cruzaba.

Después, el joven caminó hacia la fachada lateral. Colocó la escalera en el suelo y la apoyó contra el muro.

—Voy a buscar una cosa — dijo, volviendo a los pocos momentos con un pesado martillo y un destornillador de gran tamaño.

—Ya entiendo lo que quieres hacer — dijo ella.

—No del todo, porque no utilizaré estas herramientas, si no estimo que tengo una mínima posibilidad de éxito, actuando desde aquí fuera. Como comprenderás, la puerta esa es algo tan fascinante y atractivo, que no me atrevo a estropearla, sea lo que sea, y que una acción precipitada o irreflexiva nos conduzca a una catástrofe.

Coral asintió, pareciéndole sumamente sensatas las palabras del joven. Después de la última experiencia, creía que debían obrar con infinito cuidado. Aquella puerta poseía unos poderes, si no mágicos, sí completamente desconocidos para ellos y no sabían si sus trabajos podían desencadenar las desconocidas y poderosas fuerzas que parecían influir sobre ella.

Metiéndose las herramientas en el cinturón de sus pantalones, Jim asió con ambas manos la escalera, colocándola en el punto exacto donde creía debía de estar la puerta. Después emprendió el ascenso.

Al llegar arriba estudió detenidamente el material de que estaba construida la casa. Por más que miró, no pudo hallar la menor señal de que al otro lado de la misma hubiera una puerta. Tanteó con las manos, incluso en una ocasión se arriesgó a dar un par de golpes con el martillo, pero no obtuvo sino unos opacos sonidos que indicaban de sobra la forma maciza en que se había construido la pared.

Esforzando el cuerpo un tanto, miró hacia abajo.

—¡No hay la menor señal de la puerta! — gritó.

—¿Estás seguro, Jim?

—Absolutamente. Toda la pared es lisa, absolutamente lisa. Si hubiera una puerta, por muy bien que encajara, tendría que verse alguna ranura, aunque ésta fuera infinitamente delgada. Pero no hay nada, nada, dando a esta palabra todo su significado.

—Es raro — murmuró ella y, de repente se le ocurrió una idea—. ¡Jim!

—¿Qué quieres?

—Voy a hacer una cosa. Subiré arriba al desván y abriré la puerta por el otro lado. ¿Te parece bien?

Jim vaciló, pero acabó por asentir.

—De acuerdo, pero ten mucho cuidado, Coral, te lo ruego.

Ella le guiñó un ojo.

—O.K. Lo tendré —y se dirigió hacia la esquina de la casa, pero antes de llegar a ella se volvió—. Jim.

—¿Qué quieres, muchacha?

—Bájate de ahí y quita la escalera.

—¿Por qué?

Ella se mordió los labios.

—No lo sé: Una precaución, ¿sabes?

—Está bien; si tú lo quieres, lo haré así.

Mientras la muchacha se encaminaba hacia el desván, Jim bajó al suelo, quitando la escalera, que colocó a un lado. Después, con los brazos cruzados, aguardó.

Esperó un par de minutos, y ya empezaba a impacientarse, cuando de pronto, un ruido extraño le hizo estremecerse.

Vaciló unos segundos, pero antes de que pudiera orientarse a sí mismo para tomar una decisión, un formidable estruendo sonó sobre su cabeza.

El ruido tenía unas características especiales. Primero fue un feroz rugido y luego el choque de un cuerpo contra algo duro. Algo se materializó repentinamente ante los asombrados ojos del joven y, por último, la cosa causante del choque cayó al suelo, rugiendo atronadoramente.

Los ojos desorbitados del joven vieron la estampa de un salvaje cuguar [2], el puma americano, caído en el suelo, revolviéndose sobre sí mismo y

enseñando garras y dientes con feroz expresión.

Por un instante, Jim se quedó sin saber qué hacer. Mientras, el cuguar se había recuperado del formidable choque y se había incorporado. Sus ojos arrojaban fuego en tanto que su boca, abierta de par en par, enseñaba una doble hilera de aguzados colmillos.

El joven, espantado, retrocedió un par de pasos. Buscó con la vista algún arma para defenderse, dándose cuenta, con espanto, de que no tenía una mala pistola al alcance de su mano. Pero, de pronto, recordó el martillo y el destornillador.

Empuñó uno y otro con decisión, dispuesto a defenderse de aquella bestia tan inopinadamente aparecida, materializada como a influjos de la magia de algún desconocido prestidigitador. La bestia, por su parte, avanzó dos pasos, enseñando los colmillos y agitando amenazadoramente una de sus garras.

A pesar de sus improvisadas armas, el joven se vio irremisiblemente perdido. No tenía la menor experiencia de la lucha con tales bestias y aunque era fuerte y musculoso, sabía que un zarpazo del puma, hábilmente dirigido, podía abrirle el vientre en canal. Y sus colmillos, entonces, le cortarían la yugular con la misma limpieza que podría hacerlo una navaja de afeitar.

El puma avanzó otro paso y él volvió a retroceder. En cierto modo, se alegró de que Coral no estuviese allí.

La frente de Jim se cubrió repentinamente de un frío sudor. Vio claramente atensarse los músculos de la fiera, lo cual indicaba que ésta se disponía para el salto final. Sus manos se crisparon sobre los mangos de las herramientas.

En aquel momento ocurrió algo muy extraño. El puma saltó y se revolcó sobre sí mismo rugiendo atronadoramente, tratando de llegar con la boca a su propio lomo. Los estupefactos ojos de Jim vieron claramente un rojo orificio entre las costillas de la fiera.

Otro agujero apareció y otro y otro, de forma muy seguida, en la piel de la bestia, cuyas fuerzas parecieron disiparse rápidamente. Elevó la cabeza un par de veces más, al mismo tiempo que abría y cerraba la boca de modo convulsivo y, al fin, exhausta, se acostó en el suelo. Un mechón de pelos saltó de la comba de su cráneo, en donde acababa de aparecer un repentino agujero, de color rojo, como los otros, y esto fue el fin.

Antes de que el joven pudiera hacer nada, oyó unos rápidos pasos. Levantó su vista.

Doblando la esquina, Coral apareció palidísima, corriendo desolada hacia él.

—¡Jim...! —sollozaba histéricamente—. ¡Oh, Jim, qué horrible... qué

espantoso...!

El joven tiró a un lado las herramientas, sujetándola entre sus fuertes brazos.

¡Cálmate, Coral, cálmate! — la tranquilizó, palmeándole suavemente los hombres —. No ha ocurrido nada, gracias a Dios.

—¿Es... estás bien, Jim? — inquirió ella, los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, por supuesto. No sé qué ha podido ocurrir, pero a mí no me ha pasado nada.

Entonces fue cuando la vista de la muchacha reparó en el cadáver del puma, que yacía inerte perdiendo gran cantidad de sangre por sus heridas, a pocos metros de distancia.

Instintivamente. Coral se apretó contra el cuerpo del joven.

—No tengas miedo, muchacha — la calmó Jim —; está muerto.

—¿Mu... erto?

—Sí. No sé cómo, pero lo está; de ello no cabe la menor duda.

Por unos momentos, las pupilas de Coral siguieron clavadas en el sangriento cuerpo de la fiera.

—¿Quién ha sido... tú? — inquirió, con evidente asombro.

Jim movió la cabeza.

—No tengo la menor idea. Coral. Desde luego, y a juzgar por lo poco que puedo ver, está llena de balazos, pero yo no tengo en casa ni siquiera un revólver de figurante de teatro. Pero todavía no me has contado tú lo que sucedió.

Ella volvió a estremecerse de nuevo y, con gran esfuerzo, pudo apartar los ojos de la yacente figura del cuguar.

—Como... como quedamos, subí al desván. Abrí la puerta y de momento no vi otra cosa que una selva... completamente distinta a la que vimos ayer, cuando el incidente del cazador y les indios. Me quedé totalmente estupefacta, pero no tardé en reaccionar... Entonces, grité, llamándote...

—Yo no oí nada — aseguró Jim, muy serio.

El rostro de Coral adoptó instantáneamente una expresión de extrañeza.

—¿Cómo? ¿No oíste nada? Pues estuve a punto de quebrar mis cuerdas vocales.

—Te aseguro formalmente que no oí nada. Pero continúa, por favor.

—Ya no hay casi nada que contar — suspiró ella, distendiendo el seno—.

Estuve unos segundos contemplando la selva y, de pronto, esa fiera se apareció ante mí. Te digo que me quedé atontada, estupefacta, sin saber qué hacer. Yo creo que les ojos del cuguar me habían hipnotizado. Pero cuando lanzó su aterrador rugido y se arrojó sobre mí, salí de mi asombro y me acordé de que tenía la puerta como medio de defensa. Oí un gran estruendo... y ya no sé más, excepto que necesité unos cuantos minutos para recobrarme, pues, literalmente, no podía moverme.

—Lo creo — asintió Jim gravemente—. A mí me ocurría lo mismo y de no haber sido por...

Se interrumpió, porque no sabía cómo continuar, ya que ignoraba a quién achacar los silenciosos disparos que habían abatido de modo tan fulminante a la fiera.

Soltándose de los brazos de Coral, caminó hacia el animal muerto y se arrodilló a su lado.

Lo examinó con infinita atención. Poco sabía de armas de fuego, mas sin embargo, las señales de los proyectiles eran harto visibles y demasiado significativas como para tener duda alguna sobre el particular. La única, y no era tal, sino absoluta ignorancia, se refería a la persona que de modo tan providencial le había salvado la vida, disparando contra el cuguar.

Se incorporó, limpiándose las manos de modo maquinal.

—Lo siento — dijo —. No sé nada más que lo que tú puedas saber. De pronto, el puma se materializó ante mis ojos y cayó al suelo, supongo que después de haber chocado con la puerta recién cerrada por ti.

Los labios de la muchacha temblaron repentinamente.

—Dios mío, Jim — exclamó, muy pálida—. ¿Estaremos viviendo en una casa realmente embrujada?

El joven hizo un gesto de impaciencia.

—Eso son tonterías — gruñó —. ¿Qué crees tú que opinaría un hombre de la Edad Media y aun de tiempos posteriores a ésta, si nos hubiera visto teleportar el cobaya de la planta baja al desván? No, aquí ocurre algo que, sin duda, está relacionado con la ultrafísica. Pero una rama de la ultrafísica que nosotros desconocemos aún. Nos ha correspondido ser testigos de estos acontecimiento y posiblemente nos corresponda también, más adelante, desvelar este misterio. No hay brujerías ni encantamiento, sino alguien que ha construido una máquina de efectos infinitamente superiores a la nuestra.

—Debe ser muy poderosa cuando, cada vez que se abre la puerta, se ve un paisaje distinto, Jim — arguyó la muchacha —. Recuerda la tempestad de nieve que nos asaltó la última vez, antes de ahora, que la volvimos a abrir.

Jim se acarició la barbilla, hondamente pensativo.

Finalmente dijo:

—Eso es lo que más me extraña y me intriga, Coral. Primero vimos aquella inmensidad gris, en la cual estuve a punto de perderme. Después, el bosque, el cervatillo, el cazador y los indios. Luego, la tormenta de nieve... y recordarás que esto nos asestó un golpe tal, que necesitamos toda la noche para recobrarnos. Personalmente, te digo que apenas si pude dormir tratando de hallar la solución del problema.

—Lo mismo me ocurrió a mí, Jim — coincidió la muchacha.

—Bien, después de nuestro fracasado examen con la escalera, te tocó a ti el turno de abrir la dichosa puerta. Lo que viste, tú lo sabes mejor que yo.

Coral asintió, en tanto Jim continuaba.

—Es evidente — dijo —, que cada vez que se abre la puerta, se ve un panorama distinto. Las causas que lo originan son absolutamente desconocidas para nosotros, pero no tengo la menor duda de que, con un poco de paciencia y algo más de tiempo, acabaremos por conocerlas.

—Desde luego, Jim. Sin embargo, olvidas que nos hallamos metidos de lleno en un experimento, cuyos primeros resultados no han podido ser más satisfactorios.

El joven hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—¡Al diablo con la teleportación! — gruñó —. De momento, esto me parece mucho más interesante.

—Pero la Fundación Rockefeller... — objetó ella débilmente.

—La ayuda que me presta no está condicionada a obtener determinados resultadas en determinado período de tiempo. Por este lado, pues, no hemos de preocuparnos.

—¿Entonces...?

La vista del joven recayó por unos segundos sobre el inanimado cadáver de la fiera.

—Al oscurecer le enterraremos aquí mismo — dijo—. Mientras tanto, creo que lo que más nos conviene es tomarnos todo el día de descanso. Lo estamos necesitando de veras.

El descanso preconizado por el joven consistió en no hacer nada. Se pasó el resto del día tumbado en un diván, fumando incansablemente, con la cabeza apoyada en las manos, mirando beatíficamente al techo, pero haciendo trabajar sin descanso a su cerebro.

Coral no le quiso interrumpir en ningún momento. Para aliviarse de la tensión se dedicó durante unas cuantas horas a la burocrática tarea de poner en

limpio los apuntes obtenidos durante las experiencias últimas, sin olvidarse de señalar, en una libreta aparte, las incidencias ocurridas en la misteriosa puerta, anotando hasta el menor detalle de lo sucedido.

Al anochecer enterraron el puma, cuyo cuerpo previsoramente había sido cubierto con una lona, a pesar de que la espesura de las plantas impedía que se le viera desde ninguna parte. Una vez hubieron concluido, pasaron a la salita, donde una indiferente Rosa les sirvió el café, gruñendo una vez más, como de costumbre, contra el excesivo trabajo que se tomaban.

De pronto, Jim se levantó de un salto, ante la atónita mirada de la muchacha y corrió hacia la biblioteca, de la que volvió a los pocos segundos con un grueso volumen en la mano.

—Creo —dijo, muy excitado — que aquí tenemos parte, si no toda, de la solución de nuestro caso.

—¿Tú crees? — exclamó Coral, muy esperanzada—. ¿Qué libro es ése, Jim?

Pero el joven no pudo contestar. El timbre de la puerta de entrada acababa de sonar.

Haciendo un gesto de fastidio, Jim caminó hacia la puerta, dejando el libro sobre una mesita que encontró al paso. Asió el pomo y lo hizo girar.

Un hombre apareció ante sus ojos y Jim no pudo por menos de estremecerse involuntariamente al contemplar su aspecto.

El hombre era alto y muy delgado, casi esquelético, pero sin que, en ningún momento, diera sensación de endeblez. Antes al contrario, parecía poseer unos músculos de hierro bajo su delicada apariencia.

Sin embargo, lo que más asombró a Jim fueron los ojos del individuo, cuyas pupilas parecían sendas brasas de fuego, ardiendo en la relativa penumbra del porche de la casa.

El hombre habló y su voz pareció llegar, profunda y cavernosa, de un mundo infinitamente lejano.

—Busco al señor Thomaston — dijo.

CAPÍTULO VI



N circunstancias normales, Jim se habría limitado a señalar al desconocido el domicilio del señor Thomaston, pero aquellas circunstancias tenían de todo menos de normalidad.

Por otra parte, el aspecto del recién llegado no dejó de impresionarle vivamente y, sumamente intrigado por los sucesos ocurridos en la casa en el transcurso de las últimas veinticuatro horas, quiso tentar a la suerte, tratando de atraer al desconocido al interior de la casa. Por eso dijo:

—Lamento mucho no poderle dar noticia alguna del señor Thomaston. No obstante, si usted quisiera pasar, acaso...

La actitud del joven era claramente invitadora.

El desconocido vaciló un segundo, pero no tardó mucho en decidirse.

—Es usted muy amable. Me llamo Séptimus Pugh. Muchas gracias por su atención, señor...

—Langley, señor Pugh. Por aquí, tenga la bondad de pasar.

Jim precedió al visitante, llevándole hasta la salita en donde había pasado la mayor parte del día y en la cual se hallaba también la muchacha. Coral examinó discretamente al recién llegado y le tendió una mano con gesto cortés al hacer Jim las presentaciones.

—Traeré bebidas — dijo, y se encaminó hacia la cocina.

Mientras tanto, Pugh, por indicación de Jim, se había sentado en un sillón frente al joven. Coral no tardó en volver con una bandeja, botellas y vasos, sirviendo con destreza las bebidas.

Pugh apenas si probó la suya y Jim pudo darse cuenta de que lo hacía más por cortesía que por afición al licor. El visitante se negó a fumar y esperó con urbanidad a que Jim hubiera encendido su cigarrillo.

—De sus primeras palabras, señor Langley — dijo al empezar a hablar—, he podido deducir claramente, que el señor Thomaston no se encuentra actualmente en Humbler City.

—Así es, señor Pugh — contestó el joven—. Por lo menos, al mediodía no estaba. Precisamente estuvimos la señorita Browning y yo en su casa, pues teníamos unos asuntos que resolver con él y nos extrañó mucho su ausencia.

—¿No tiene usted la menor idea del lugar a donde pudo dirigirse?

Jim meneó la cabeza.

—Lo siento mucho, señor Pugh. Enfrascados en nuestros trabajos, las relaciones que hemos tenido con el señor Thomaston han sido mínimas. Puedo asegurarle, sin temor a error, que hacía ya más de un mes que no le veíamos.

Pugh hizo un acusado gesto de fastidio.

—¡Qué lástima! Verdaderamente, estaba muy interesado en encontrarle y su ausencia, más aún su ignorado paradero, me causa gravísimos trastornos.

—Comparto su contrariedad, señor Pugh; también a nosotros nos interesaba verle. Sin embargo, nos hemos conformado, sabiendo que es inútil por completo luchar contra la adversidad.

Los ojos de Pugh fulguraron extrañamente.

—¡Yo no sé conformarme como usted, señor Langley! — exclamó, tratando en vano de disimular el tono airado de su voz.

—Pues en este caso no le quedará otro remedio .— dijo Jim un tanto secamente—. Lo mismo me ocurre a mí y no por ello me echo a llorar.

Pugh se dio cuenta de la variación del ambiente y trató de ser conciliador.

—Dispénseme — dijo—, pero, a veces, no puedo contener mi genio. Lo tengo muy vivo y lo reconozco, es cierto; sin embargo, hay ocasiones... Bien — sonrió de una manera extraña, enseñando una doble fila de grandes y desagradables dientes—, creo que tiene usted razón, señor Langley. De todas formas, a pesar de la ausencia del señor Thomaston, creo que entre nosotros dos podríamos llegar a un arreglo sustancial, del cual no tendría usted que arrepentirse en absoluto.

Jim arqueó una ceja.

—No le entiendo —dijo.

—Se lo explicaré, tratando de ser lo más breve posible — repuso Pugh—. Vine a ver al señor Thomaston para comprarle una casa. En Humbler City me informé de los edificios que estaban en venta y en los cuales él interviene o ha intervenido, como tal agente de fincas. Ninguno me ha gustado, sino... ¡éste!

El joven respingó. Coral, que escuchaba atentamente el diálogo, la barbilla apoyada en las manos y los codos en las rodillas, se enderezó.

—Me extraña que se haya interesado usted por un edificio que ya está

vendido, señor Pugh — dijo Jim, frunciendo el ceño—. La casa es mía, ahora.

—Lo sé; y en ausencia del señor Thomaston, a quien quería hallar para que me sirviera como intermediario, tendré que hacerlo yo por mí mismo, Señor Langley — dijo Pugh, con aire solemne—, quiero comprarle a usted la casa.

Algo de esto se esperaba el joven, por lo que la proposición no le cogió totalmente de sorpresa. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y, todavía con el cuerpo escorzado, miró al visitante.

—Lamento tener que defraudarle, señor Pugh — dijo—. La respuesta es: ¡no!

—¿Por qué? — inquirió Pugh sin inmutarse.

—Podría darle varias razones para ello, pero la principal, aparte del «no» primitivo, que debiera serle suficiente, es que en la actualidad estoy realizando ciertos trabajos..., digamos de laboratorio, cuya suspensión me acarrearía gravísimas pérdidas, no sólo de tiempo, sino también en el aspecto puramente científico. Esto, dejando a un lado la cuestión monetaria. Y, por si fuera poco, aún queda otra tercera razón, pero me la reservo, señor Pugh, porque es de índole estrictamente personal.

Al terminar, Jim arrojó una rápida mirada a la muchacha, la cual, comprendiendo a medias, se puso muy colorada. Pero Pugh no pareció darse cuenta del detalle.

—Todo eso me importa muy poco — dijo—, y no se ofenda por ello, señor Langley. De todas formas, la casa en sí no me interesa realmente, sino permanecer en ella una temporada que no excedería de dos meses. Ahora que tendría que estar yo solo en ella; es decir, tendría usted que desalojarla por completo.

—Me parece que no me ha entendido, señor Pugh — contestó el joven fríamente—. La casa es mía y no la vendo ni la alquilo.

El huesudo rostro del visitante no se inmutó. Pugh metió mano en el interior de su chaqueta y volvió a sacarla, armada de una pluma y un talonario. Firmó una hoja de éste, la arrancó y se la entregó al joven.

—Ponga usted mismo la cantidad — dijo —. Cualesquiera es buena para indemnizarle por los daños y perjuicios que mis dos meses de estancia puedan causarle, señor Langley. Como dicen los buenos jugadores de póquer al empezar una partida seria, el límite de la puesta, en este caso de la cantidad a percibir, es el cielo.

De haber sido otro el carácter de Jim posiblemente hubiera cedido a la tentación. Era muy fuerte el cebo de un talón bancario, en el cual podía poner la cantidad que le apeteciera por solamente dos meses de cesión en alquiler de

la casa, pero la supo resistir.

Había dos causas fundamentales para ello, aparte del poco apego que el joven había tenido siempre al dinero, excepto en la cantidad suficiente para subsistir y financiar sus experimentos. Ser rico no le atraía, y, en cambio, de aceptar, tendría que desmontar ahora todo el engranaje de sus máquinas teleportadoras, con todo el trabajo que esto llevaría inherente y buscar, además, local adecuado donde situarlas. Pero aun tal cosa le hubiera parecido factible de no ser por la extraña situación en que se hallaban desde cuarenta y ocho horas antes. La puerta del desván le atraía con la fijeza de los ojos de una serpiente a su víctima y, solo o como fuera, quería desvelar su misterio.

Además, y la cosa se había hecho demasiado patente, estaba la insistencia de Pugh en ocupar la casa. ¿Por qué ofrecer tanto dinero, que incluso podían ser millones, si él, Jim, así lo quería, tan sólo por un par de meses de ocupación de la casa?

Miró fijamente a Pugh, concibiendo en el interior de su ánimo una súbita sospecha.

Pugh se había presentado preguntando por Thomaston. ¿Tendría esto algo que ver con la misteriosa puerta? ¿Cómo había sabido Pugh que él había comprado la casa por mediación de Thomaston? También había otros vecinos de Humbler City que vivían en edificios proporcionados por el agente. ¿Había visitado igualmente a éstos?

Todas estas preguntas fueron formuladas por Jim para sí en el espacio de unos cortos segundos. Después de lo sucedido, ya no vaciló en juzgar que el interés de Pugh se debía a algo más que al mero capricho de vivir dos meses en aquella casa. Y muy posiblemente los intereses de ambos coincidían, pero daba la casualidad de que el joven había llegado el primero y era el actual ocupante del edificio.

Con tranquilidad tomó el cheque y lo rompió en menudos pedacitos, depositando luego éstos sobre el cenicero.

A continuación levantó la vista, mirando al visitante.

—Lo siento, señor Pugh; mi decisión es irrevocable.

Las facciones de Pugh adoptaron de pronto una expresión de demoníaca ira, junto con un odio que no parecía de este mundo. Sus ojos brillaron como carbunclos, pero consiguió dominarse, aunque no fuera más que a medias.

—Lamento tener que decirle que es muy posible que un día llegue usted a arrepentirse de su decisión, señor Langley — dijo con voz helada.

—Dejaré de tomar en cuenta sus palabras, olvidando la amenaza que encierran, señor Pugh — repuso el joven sin amilanarse—. Mi respuesta ha sido negativa desde un principio y lo será siempre. No vendo la casa.

El tono del joven era harto rotundo para que Pugh volviera a insistir. Se puso en pie y su mano crispada arrugó el ala de su negro sombrero.

—Ahora me marcho, señor Langley. Quizás otro día oiga hablar de mí... o volvamos a vernos.

—Para cualquier otra cosa que no se relacione con el edificio estaremos siempre a su disposición, señor Pugh — contestó Jim cortésmente.

Le acompañó hasta la puerta. La abrió, pero antes de cruzar, Pugh, con aire vacilante, se volvió.

—¿De verdad que no quiere...? Pero no; ya lo dijo anteriormente con toda claridad, señor Langley. Le ruego me disculpe por las molestias que le he causado. Salude a la señorita Browning y... ¡buenas noches!

Cuando se hubo quedado solo. Jim lanzó un sonoro «¡uf!» con el que quería expresar el alivio que sentía al verse libre de tan incómodo y misterioso personaje.

Sin embargo, volvió muy preocupado a la estancia, donde acurrucada sobre un diván, con las piernas recogidas bajo el cuerpo, le aguardaba ansiosamente la muchacha.

—¿Se fue? — inquirió ella.

Jim asintió en tanto encendía un cigarrillo.

—Afortunadamente. Podrás creerme o no, Coral; pero me siento mucho mejor desde que no está aquí Pugh.

Coral se estremeció visiblemente.

—Lo mismo me ocurre a mí, Jim. ¿Te has fijado en su tipo? Me dio la sensación de ser alguien —no puedo darle el nombre de persona—, un ser, no sé, algo que no es de este mundo, que vive fuera del nuestro y que, por lo que sea, se halla accidentalmente en nuestro mismo plano físico.

—Había pensado yo en ello, Coral; pero esas cosas no suceden ahora, querida. Indiscutiblemente, Pugh es de carne y hueso.

—Desde luego, pero ¡sus ojos! Confieso que hubo un momento en que llegó a infundirme miedo. No chillé... porque lo consideré de mala educación, Jim.

El joven sonrió débilmente.

—Te creo, muchacha — y se sentó frente a ella, fumando pensativamente.

Hubieron de pasar unos minutos antes de que se decidieran a hablar de nuevo.

—Jim — musitó ella.

—¿Qué, Coral?

—¿A qué vino Pugh?

—Ya lo oíste: a comprar la casa o a que se la alquiláramos durante dos meses.

—Desde luego, Ése era su propósito visible, pero... ¿y lo que no nos ha querido confesar? Jim, estaría, dispuesta a poner mi mano en el fuego para jurar que la visita de Pugh tiene algo que ver con la puerta del desván.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Coral. Pugh forma ya parte del misterio de esa puerta, y un día u otro, cuando lo desvelemos, podremos saber qué es lo que pretendía tan insistentemente al ambicionar la casa.

—Desde luego, nada relacionado con nuestro experimento de teleportación, porque nos autorizaba a llevarnos todos nuestros instrumentos. Esto quiere decir que es la puerta únicamente...

Jim la interrumpió súbitamente, golpeándose una rodilla con la mano.

—¡La puerta! Ya lo había olvidado.

—¿Cómo? Pero ¡si estamos hablando de ella, Jim!

—No me refería a la puerta en sí, sino al libro de Wyndham, Coral. ¿Dónde está?

—No lo sé; tú fuiste a buscarlo antes, Jim. Pero no te vi volver con él.

—Ya lo recuerdo — contestó el joven —. Era cuando llamó Pugh y lo dejé en... Ahora mismo lo traigo.

Jim se levantó de un salto y corrió hacia el vestíbulo.

No tardó en volver con una expresión de abatimiento reflejada en el rostro.

—¡No está! — dijo con voz apagada.

—¿Cómo? ¿Estás seguro, Jim?

—Absolutamente.

—Te lo habrás dejado en otra parte.

—Estoy segurísimo de ello. Lo tenía en la mano cuando sonó el timbre. Al abrir para recibir a Pugh lo dejé en la mesita que hay junto a la puerta y...

Los ojos del joven se desorbitaron. Coral se puso en pie.

—¡Jim, no digas que ha sido Pugh el que se lo llevó!

Las facciones del joven se endurecieron repentinamente.

—Ha sido ese... ¡bandido! Precisamente ahora que teníamos más

necesidad que nunca del libro... que podía aclararnos muchas cosas en las cuales no habíamos reparado hasta ahora y que...

El joven no continuó; dando media vuelta se dirigió hacia el vestíbulo a todo correr.

Rosa penetró, secándose las manos con el delantal, visiblemente alarmada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué corre Jim? ¿Es que se ha vuelto loco?

La muchacha necesitó de todo su poder de persuasión para convencer al ama de llaves de que no ocurría nada de particular, y luego de mucha paciencia para esperar a Jim, el cual tardo más de lo preciso en regresar.

Coral continuaba sentada en el diván, ya cerca de la medianoche, cuando oyó abrirse la puerta de la casa. Con los nervios a punto de estallarle, se puso en pie y corrió hacia el joven.

Le tomo por los brazos, mirándole inquisitivamente, pero la expresión que aparecía en la cara de Jim era suficientemente explicativa.

—No lo he podido encontrar — dijo—. Por ninguna parte. Nadie ha sabido darme la menor noticia de él, a pesar de que un hombre como Pugh no puede pasar desapercibido en Humbler City. Ni en los tres bares de la ciudad, ni en la estación de autobuses, ni en la de helicópteros, ni la policía; nadie supo darme indicio alguno de su paradero.

Coral noto mucho frío de repente y se estremeció. Sintió miedo, pero se abstuvo de manifestárselo al joven.

—Lo mejor será — dijo — retirarnos a descansar. Es tarde ya, Jim. El joven asintió.

—Sí — contestó —; ha sido un día muy movido.

En su lecho, Jim se revolvió una y otra vez, tratando inútilmente de conciliar el sueño. Pero todos sus esfuerzos eran inútiles, porque los últimos acontecimientos sucedidos atraían tanto su atención que, aunque quisiera, no los podía borrar momentáneamente de su cerebro para otorgar a éste el descanso que el joven canto necesitaba. Deshizo la cama totalmente y al fin, sintiendo que tenía los nervios a punto de estallar, decidió que acaso un cigarrillo pudiera calmárselos, repugnándole el recurso de las drogas hipnóticas para poder dormir.

Pero no tenía cerillas. Mascullo en voz baja un par de interjecciones, y luego de tantear en vano sobre la mesilla de noche, se convenció que si quería fumar no le quedaba otro remedio que bajar al saloncito, donde allí seguramente encontraría cerillas.

Se puso un batín y las zapatillas. No quiso encender la luz, porque con la

de la luna llena, que penetraba a raudales por la ventana abierta, tenía más que suficiente y, además, acaso pudiera alarmar a las mujeres.

Abrió la puerta en completo silencio y descendió de igual forma la escalera. Llevaba ya cerca do un año viviendo en la casa y la conocía magníficamente, de modo que pudo llegar a su destino sin el menor tropiezo.

Se colocó el cigarrillo en la boca y luego arrimó la cabeza del fósforo al raspador.

Pero no lo llego a encender. Algo se lo impidió.

Fue un ruidito muy suave, apenas perceptible, pero que, sin embargo, no era lógico ni natural a aquellas horas y mucho menos viniendo del sitio que llegaba: la puerta de entrada.

Alguien, con toda seguridad, quería penetrar en la casa de modo fraudulento. Y desde el primer instante el joven adivinó quién era aquella persona.

Depositando el cigarrillo y los fósforos sobre la mesita, caminó en silencio hasta la puerta del «living». Una vez allí, asomó la cabeza con infinita precaución.

Sus presunciones se convirtieron en realidad cuando, unos minutos más tarde, el hombre que había al otro lado de la puerta de entrada, consiguió franquearla, utilizando alguna ganzúa o instrumento parecido. La puerta se abrió del todo y una larga sombra, proyectada por la fuerte luz de la luna, se extendió hasta llegar casi a los pies del joven.

Jim sonrió. Efectivamente, el intruso era Séptimus Pugh.

CAPÍTULO VII



UGH vaciló en el centro del vestíbulo, como si tratase de orientarse. Después, caminando de puntillas, se dirigió hacia la escalera que conducía a los pisos superiores.

Jim lo estuvo mirando hasta que lo hubo visto desaparecer. Después, y asimismo con grandes precauciones para no ser oído, le siguió.

Poco más tarde, el uno tras el otro, llegaban al desván. Dentro de la casa no había nunca una puerta cerrada con llave, de modo que para Pugh fue fácil penetrar en el desván. Jim aguardó unos segundos más y luego penetró también en el mismo lugar.

La luz de la luna se filtraba por la ventana de una de las buhardillas, de modo que proporcionaba una suave penumbra que, para unas pupilas acostumbradas a las tinieblas, era una iluminación más que suficiente. El joven pudo ver con toda facilidad los movimientos del intruso.

Pugh recorrió el desván. Se le veía claramente que se dirigía hacia la puerta misteriosa, pero antes de llegar a ella se detuvo, muy intrigado por el singular aspecto de la máquina teleportadora.

Jim frunció el ceño. Podía tolerar muchas cosas, incluso la furtiva intrusión en su domicilio del extraño personaje, pero no estaba dispuesto a que por una malsana curiosidad de éste le estropearan un artefacto que le había costado muchos meses de trabajo y muchas noches también en vela, resolviendo problemas que parecían no tener solución. Y aunque, de momento, había decidido suspender los experimentos de teleportación para dedicarse de lleno a aclarar el misterio de la puerta, no por ello pensaba abandonar sus prometedores trabajos en el otro sentido.

Esperó unos instantes, pero cuando vio que Pugh alargaba la mano hacia el cuadro de control, no se pudo contener. Acercó la suya al conmutador de la luz.

Pugh se volvió bruscamente, recogiéndose sobre sí mismo como una fiera a punto de saltar sobre su víctima. Sus ojos arrojaban fuego.

Jim avanzó hacia él, en actitud aparentemente pacífica, pero dispuesto a cualquier cosa, dada la actitud del intruso.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le dio permiso para entrar?

—Déjeme. No le pido nada. Váyase por unos momentos; quiero estar solo.

—No aquí, desde luego — dijo Jim, sin cesar en su avance —. Estos aparatos valen mucho, más en trabajo que en dinero, y no estoy dispuesto a que usted me los averíe.

Una despectiva sonrisa apareció en los delgados labios de Pugh.

—¡Bah! Trabajos de principiante. Demasiado rudimentarios, a mi entender.

Jim respingó. Aquello era completamente nuevo para él.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién se lo ha dicho? — preguntó, a su pesar.

La huesuda mano de Pugh se agitó con gesto indolente.

—No hay más que echar un simple vistazo para averiguarlo en seguida. Cualquier muchacho de segundo grado lo haría cien veces mejor que usted, señor Langley.

—Bien, puede ser; pero a mí me desagrada su presencia en esta casa y le ruego que se vaya, para no volver más. Al menos mientras yo viva en ella, y le aseguro que pienso hacerlo durante muchos años. No sé quiénes pueden ser esos muchachos de segundo grado a que usted alude — añadió, un poco molesto por el tono de Pugh—, pero sí le aseguro que para mí estos experimentos son trascendentales. Váyase, por favor.

Pugh arrugó el ceño.

—Déjeme unos minutos a solas, señor Langley, tan sólo unos minutos. Un cuarto de hora al menos, se lo pido por lo que más quiera.

—¿Por qué quiere usted quedarse solo, señor Pugh?

El aludido se enderezó.

—Eso es cuestión mía. Usted acceda a lo que le digo. No le pesará, económicamente hablando.

—Ya le dije que el dinero no me interesa.

—Escúcheme, Langley — dijo Pugh anhelosamente —. Se suele decir que todo hombre tiene un precio. Fije usted el que quiera; por grande que sea, yo se lo pagaré. Un millón, dos, diez, pero ¡déjeme aquí un rato!

Los ojos del joven miraron con suspicacia hacia un punto situado a espaldas de Pugh.

—¿Tiene que ver su insistencia algo con la puerta que hay detrás de usted, señor Pugh?

Este respingó.

—El dinero que le pago es por no hacer preguntas, Langley — dijo duramente.

—Se equivoca, amigo. Todavía no me ha pagado nada, porque yo no le he aceptado ni un céntimo.

—Sea lo que quiera, quiero quedarme solo, Langley.

—Pues no lo conseguirá, y si insiste...

—¿Llamará a la policía? — sonrió Pugh desdeñosamente.

Jim también sonrió.

—¿Opina acaso; que no soy lo suficientemente fuerte como para echarle a usted de aquí con mis propias manos?

—Hagamos un trato — dijo Pugh de repente—. Luchemos un poco y el que gane...

El joven le interrumpió:

—Está chiflado — dijo Jim irrespetuosamente—. ¡Vamos, lárguese de aquí de una vez y déjeme en paz! Yo no tengo ganas de pelea, ¿me entiende usted, señor Pugh?

Pero éste no parecía dar su brazo a torcer.

—Antes mencionó usted la puerta. ¿Qué sabe de ella, Langley?

—Me lo guardo para mí, Pugh — dijo el joven, suprimiendo también el tratamiento—. Lo único que sé es que me está hartando y que, si no se va, le echaré. De la forma que sea — concluyó rotundamente.

Pugh se echó a reír.

—Muy bien; puesto que lo quiere así... ¡venga a por mí!

Jim parpadeó. Nunca se le había ocurrido que el intruso quisiera llevar las cosas a tal extremo. Pero su paciencia estaba llegando al límite.

Avanzó hacia él.

—No me haga recurrir a la violencia; es una cosa que detesto.

Pugh seguía sonriendo, con expresión insultante y desafiadora al mismo tiempo.

—Venga a por mí le repito.

Jim apretó los dientes. Estaba ya a cuatro o cinco pasos de Pugh y, de

repente, saltó hacia él.

Al hacerlo, disparó su puño derecho, dirigiéndolo al plexo solar. Era un golpe que, en circunstancias ordinarias y apoyado además por sus ochenta y cinco kilos de peso, debía causar efectos demoledores.

Sin embargo, falló lastimosamente.

El aspecto de Pugh era engañoso. Parecía un saco de huesos que en cualquier momento podía desintegrarse, pero demostró poseer una fuerza poco común. Su mano derecha, como una argolla de acero, atenazó con veloz movimiento y férrea presa la muñeca del joven.

Antes de que Jim pudiera darse cuenta de lo que le ocurría se encontró volando por los aíres. Pateó desesperadamente intentando buscar un punto de apoyo, pero no lo encontró.

Cayó al suelo de espaldas y el golpe casi lo atontó. Pugh se aprovechó de su momentánea indefensión y se lanzó sobre él.

Los movimientos de Jim eran ahora muy tardos. No pudo evitar que las manos de Pugh, que parecían sendas garras de un ave de presa, se cerraran en torno a su cuello.

Los ojos de su enemigo relucieron con un brillo siniestro, de fosforescentes tonalidades. La presión de aquellas manos se acentuó y la entrada del aire a los pulmones quedó cerrada.

Una niebla opaca surgió ante sus pupilas, ocultándole el rostro de Pugh, del cual quedaron presentes únicamente sus demoníacos ojos, más brillantes que nunca. El joven se sintió desfallecer y, poco a poco, sus movimientos de defensa fueron cesando, en tanto aumentaba más y más la presión de aquellas garras sobre su garganta.

Bruscamente, algo estalló sobre su cabeza. Era un ruido raro, por completo inesperado en aquellas circunstancias. Un peso, enorme le cayó sobre su cuerpo y, con el último soplo de conciencia, trató de echarlo a un lado sin conseguirlo.

Alguien lo hizo por él y en aquel momento sintió la vivificante entrada del aire en los pulmones.

Como entre brumas de algodón, oyó la voz de Coral, que exclamaba ansiosamente:

—¡Jim! ¡Jim! ¿Estás bien? ¡Respóndeme, por el amor de Dios!

El joven, quiso hablar, pero no lo consiguió. Tenía el cuello terriblemente dolorido y, si bien podía aspirar aire, no podía aspirar aún el suficiente para poder hablar.

Ayudado por la muchacha, se sentó en el suelo, viendo que a su lado se

hallaba el cuerpo de Pugh, el cual yacía lacio, inconsciente, sin hacer el menor movimiento. Al lado de su cabeza se veían los trozos de vidrio en que se había fragmentado la botella con que la muchacha golpeara el cráneo del asaltante.

Con grandes dificultades se puso en píe. Tragó saliva con mucho dolor, pero, al fin, consiguió articular unas débiles palabras.

—Has llegado muy oportunamente, muchacha — dijo sonriendo.

—¿Qué os pasó? ¿Por qué luchabais, Jim? — inquirió ella, todavía muy pálida—. Me pareció oír ruido desde mi habitación y... No sé cómo se me ocurrió coger la botella; era la única arma que tenía a mano...

—Ha sido mejor que ninguna — respondió él, aún jadeante. Luego miró a Pugh—. Entró subrepticiamente y le seguí hasta aquí. Me ofreció mucho dinero porque le dejase unos momentos a solas. Me negué y... bien, el resto ya lo has visto tú, Coral.

La muchacha se estremeció.

—¡Qué hombre tan horrible, Dios mío! ¿De dónde habrá podido salir?

Jim frunció el ceño, recordando de pronto las palabras de Pugh.

«Cualquier muchacho de segundo grado podría hacerlo infinitamente mejor que usted.»

¿A qué quería referirse con tal frase? O se trataba de un loco... o no pertenecía a su mundo. Pero esto último era absurdo, por completo ilógico. Tal como lo había podido experimentar, Pugh era de carne y hueso, indiscutiblemente.

Sin embargo, había en el hombre, que ahora comenzaba a despertarse, un misterio que intrigaba profundamente al joven. Pero Jim poseía las suficientes dotes psicológicas como para saber que Pugh no hablaría, por más que se le forzara a ello. Y Jim no estaba muy propicio a darle tormento para satisfacer su curiosidad. Sabía que el hombre tenía algo que ver con la puerta, pero también sabía que Pugh no soltaría prenda en cuanto con ella se relacionaba.

Pugh acabó por sentarse en el suelo y miró a la pareja con odio insano.

—De momento han ganado ustedes, pero nos volveremos a ver.

—Iré a la estación de policía a denunciar el hecho y les diré que me provean de un permiso de armas. La próxima vea que le vea dentro de mi casa dispararé — contestó Jim con dureza, conteniendo las ganas que le entraban de emprenderla a puntapiés con el caído.

Una desdeñosa sonrisa apareció en el rostro de Pugh.

—¡Bah, pistolas! Como si eso pudiera asustarme — se puso en pie, vacilando, pero acabó por afirmar los pies en el suelo—. Nos veremos, señor

Langley.

—La próxima vez saldrá usted por esa ventana, en lugar de por la puerta, como ahora le permito. ¡Váyase de una vez!

Con piernas temblorosas, Pugh se dirigió hacia la salida del desván, pero antas de llegar a ella una voz del joven lo detuvo.

—¡Aguarde un momento!

Pugh se volvió en actitud expectante.

—¿Dónde está el libro? — preguntó Jim.

—¿A qué libro se refiere usted?

—No se haga el desentendido. Usted se lo llevó antes, en su anterior visita, cuando se despidió de mí en el vestíbulo.

—No sé de qué libro me está hablando, Langley. ¿Cree que es mi costumbre robar por las casas?

—Por sus actitudes, cualquiera diría que, más que su costumbre, es su profesión, Pugh — contestó el joven ácidamente —. Estoy hablándole del libro que escribió Wyndham. Lo había dejado en el vestíbulo y ha desaparecido.

Pugh se encogió de hombros.

—Se ha vuelto loco. No sé de qué libro me habla. ¡Adiós!

Y ya bajando la escalera, se volvió una vez más, de tal modo que sólo se le veían los ojos con un brillo fulgurante.

—Le repito que nos veremos, Langley. Usted se arrepentirá de no haber aceptado mis propuestas.

—¡Váyase al diablo!

Los pasos de Pugh se fueron apagando poco a poco, hasta dejar de oírse. Entonces fue cuando Coral, estremecida dijo:

—Debe de ser el mismo.

—¿Eh? ¿Qué dices?

—Ese hombre no puede ser otro que el diablo en persona, Jim.

El joven le rodeó los hombros con el brazo y echó a andar hacia abajo.

—No digas tonterías. Es un viejo chiflado, que ha cogido la manía de quedarse con la casa.

—Ni viejo ni chiflado — frunció ella el ceño—. Estaba a punto de ahogarte y tú no eres ningún alfeñique, Jim. Y en cuanto a lo de su locura... podríamos creerlo si no hubiéramos visto nosotros lo que ocurre al otro lado

de la puerta.

—Es cierto — murmuro él, pasándose la mano por la garganta, todavía adolorida—. La puerta. ¿Cuál era su misterio?

Llegaron a la cocina y Coral encendió el fuego para preparar el café, en tanto que, sentado en un rincón, Jim se entregaba a sus poco agradables pensamientos.

Cuando terminaron de sorber la infusión era ya de día. Rosa apareció por allí, refunfuñando acerca del escaso descanso que se tomaban los jóvenes y de la incorrección que era el que le hubiesen tomado por asalto sus dominios.

—Yo no me meto en vuestro laboratorio, de modo que dejadme la cocina en paz. Cuando queráis algo me lo pedís y ya está.

—No queríamos despertarla, Rosa — dijo Coral, conciliadora.

Luego, Jim bostezó.

—Rosa tiene razón —exclamó —, Ahora tengo mucho sueño y necesito dormir unas cuantas horas.

Se levantó después de mediodía, sintiéndose relativamente fresco y descansado. Una buena ducha fría y una excelente comida hicieron el milagro de convertirle en un hombre nuevo y, con un cigarrillo en los labios, se dirigió a la salita, en donde se sentó a meditar.

Un poco más tarde se presentó la muchacha.

—¿Qué haces ahí. Jim?

—Estaba pensando en... Siéntate y escribe una carta. Dijiste que habías leído la obra de Wyndham, ¿no es así?

—Desde luego — asintió la muchacha, sin comprender adonde iba a parar Jim.

—Bien, vamos a pedirles a los editores un ejemplar. Es una obra de muy poca venta y, con toda seguridad, les habrán sobrado un buen montón de ellos.

—No es mala idea — repuso la muchacha, quitando la tapa de la máquina de escribir y sentándose ante ella. Redactó la carta en pocos minutos y luego se la tendió a Jim para que la firmara.

Pero el joven no pareció ver el gesto.

—La carta está escrita, Jim. Fírmala.

—Sí — dijo él con aire abstraído. Cogió la pluma y trazó unos rasgos al pie. Coral metió la hoja de papel en un sobre, en el que previamente había escrito la dirección de los editores, y luego lo cerró cuidadosamente.

Jim alargó la mano.

—Dámela. Ahora mismo voy a echarla yo al correo — pero su expresión continuaba siendo la de un hombre que no estaba presente en aquel lugar.

—¿Qué te ocurre? — inquirió ella—. ¿En qué estás pensando?

—En qué no está bien dicho. En quién es la palabra exacta.

—Bueno, pues veamos quién es esa persona. ¿Pugh?

Jim movió la cabeza.

—No. Pulgarcito — dijo de manera sorprendente, y sin más se levantó de un salto.

Coral se quedó con la boca abierta cuando le vio obrar de aquella manera, pero antes de que hubiera podido llamarle la atención ya el joven había desaparecido de su vista. Lo único que alcanzó a oír fue el brusco golpe con que el joven cerró la puerta de la casa.

Jim volvió media hora más tarde, trayendo un objeto en la mano. Coral le salió al encuentro

—¿Echaste la carta? Es una lástima, porque ya no hace falta.

—¿Por qué?

—Se me ocurrió que el teléfono era más rápido y hablé con la casa editora.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Jim al decir:

—¡Buena idea, muchacha!

Ella meneó la cabeza con aire pesimista.

—De nada nos ha servido, Jim.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes. Hablé con Smith en persona, bueno, uno de ellos.

—¿Y...?

—Me dijo que no les queda ningún ejemplar. Editaron unos veinte mil, de los cuales apenas si vendieron dos millares. Bien, pues hace tres días, un hombre se presentó allí y les compró los dieciocho mil restantes. Pago al contado y el camión a la puerta.

Jim sintió que las piernas le flaqueaban repentinamente y, no pudiendo sostenerse en pie, se dejó caer en el diván.

—¡Pugh!

—El mismo — asintió ella—. La descripción física que me hizo Smith coincide en absoluto con la que nosotros conocemos.

Después de aquello, un denso silencio se expandió en la habitación.

CAPÍTULO VIII



L golpe asestado les demostró que Pugh no era hombre que hiciera las cosas a medias.

Jim tardó un poco en reponerse y, para tranquilizar sus nervios, encendió un cigarrillo.

—Es una lástima que no tengamos otro ejemplar. Y buscarlo en las librerías de lance, donde seguramente encontraríamos uno, nos insumiría demasiado tiempo.

La muchacha asintió.

—Cierto. Además, el que yo leí era propiedad de un profesor de mi Universidad, que dimitió antes de que terminara mis estudios. Se marchó e ignoro su actual paradero, porque, ¿quién iba a suponerlo?, no me volví a preocupar más de él.

—Una cosa muy lógica — murmuró el joven.

De pronto, Coral dijo:

—Jim, ¿qué es eso que has traído?

—Se refiere a Pulgarcito — sonrió—. ¿No recuerdas el cuento de Perrault? Los padres de Pulgarcito abandonaron a éste y a sus seis hermanos en el bosque porque no podían darles de comer. Pero Pulgarcito era muy avispado y siempre se llevaba piedrecitas o garbanzos, que iba arrojando disimuladamente para luego encontrar el camino de regreso a su casa.

—Me parece muy bien, pero no entiendo qué relación tenemos con...

Jim no contestó directamente, limitándose a desenvolver lo que había comprado. Era un rollo de fino hilo de plástico.

—¿Para qué lo quieres? — preguntó Coral.

—Para hacer de Pulgarcito... esta noche — contestó él, un tanto misteriosamente, disfrutando con la impaciencia de la muchacha.

—No te entiendo — dijo ella, muy intrigada.

—Lo verás luego — e inmediatamente, levantándose del diván, entró en actividad, una actividad frenética, que hizo pensar a Coral si Jim no se habría vuelto tan loco como Pugh.

Después de cenar tomaron café en el saloncito, quedándose solos, una vez Rosa se hubo retirado a descansar. Esperaron una hora, al cabo de cuyo tiempo Jim fue hacia la puerta de entrada, cerrándola cuidadosamente.

Después volvió junto a la muchacha.

—He asegurado todas las ventanas de la casa, de modo que nadie pueda entrar subrepticiamente sin causar ruido.

—Sigo sin explicarme qué objeto tiene todo eso que has estado haciendo — dijo Coral.

Jim la tomó por la mano.

—Ven conmigo y lo verás.

Subieron al desván. Una vez allá arriba, Jim ató el extremo del carrete de hilo a un saliente de la mesa de control, la cual, empotrada sólidamente en el suelo, era inamovible, quedándose él con el resto del hilo en la mano.

—Creo que empiezo a comprenderte, Jim — dijo ella, sonriendo—. ¿Cómo no se me habría ocurrido a mí antes?

—Ahora podremos franquear la puerta misteriosa y caminar un poco por el... espacio que hay al otro lado. La casa desaparecerá de nuestra vista, pero no el hilo, el cual nos guiará fácilmente en el camino de vuelta, ¿entiendes?

—Sí. La casa desaparece, pero esto no quiere decir que se desmaterialice.

Jim sacudió la cabeza.

—Exactamente. A mi entender, lo único que ocurre es que, una vez atravesada la puerta, nos situamos en otro plano dimensional absolutamente distinto al nuestro. Ignoro cómo se produce, pero sucede. Y sólo si atravesamos la puerta varias veces acabaremos por comprender el misterio.

—Desde luego. Creo que has dado con la solución exacta, Jim.

En la puerta el joven tomó a Coral por la mano.

—Querida — dijo—, no quiero enredarte en una aventura que puede resultar peligrosa para ti. Sugiero, como más conveniente, que te quedes aquí, aguardando mi vuelta.

Ella movió suavemente la cabeza.

—No, Jim. Iré donde tú vayas.

El joven oprimió suavemente la mano de la muchacha:

—Gracias. En el fondo esperaba esa respuesta. Vamos.

Con el carrete de hilo en una mano y el pestillo en la otra, Jim vaciló unos segundos. Al fin, decidiéndose, la abrió de golpe.

El paisaje que se presentó ante sus ojos era el mismo que vieran cuando lucharon el cazador furtivo y el indio. Pero Jim se dio cuenta de que algo había variado en el panorama.

El bosque de robles no existía ya y en su lugar se veía una planicie enteramente cubierta de hierba, fresca y jugosa.

Una suave brisa les acarició los rostros. Con paso seguro se adentraron y cruzaron el umbral de la puerta, adentrándose en un mundo completamente desconocido para ellos.

A medida que caminaban, Jim dejaba que el carrete fuera desenvolviéndose. De vez en cuando, daba un breve tirón para asegurarse de que el hilo continuaba sujeto a la casa.

Unos momentos más tarde, Coral se volvió.

—¡Mira, Jim! Ya no se ve la casa.

Él joven se volvió.

Esta vez no le extrañó tanto la desaparición del edificio, en lugar del cual sólo se veía un trozo de terreno cubierto enteramente de césped. Jim vaciló, sintiendo, sin demostrarlo, un poco de miedo y, para convencerse de que, pese a todo, la casita seguía existiendo, tiró del hilo.

—De todas formas, está ahí, Coral.

—Ya lo sé —murmuró ella—, pero ¡es tan extraño! Jamás se me hubiera ocurrido que pudieran suceder cosas como ésta.

Jim agitó él hilo en el aire, dándose cuenta de que a unos veinte metros de distancia desaparecía por completo, como si lo hubieran cortado. Pero el hecho de que se atirantase cuando quería comprobar si aún seguía atado, le tranquilizó nuevamente.

Continuaron su camino, andando lentamente, sin grandes prisas, en dirección al río, al cual se iban acercando poco a poco. El carrete era el más grande que Jim había podido hallar y el vendedor le había asegurado que había diez mil metros de hilo. Esto les concedía, por tanto, diez kilómetros de autonomía que el joven pensaba aprovechar concienzudamente.

—Es curioso — dijo al cabo de un buen rato la muchacha—. Aquí, encima de nosotros, brilla un sol esplendente, casi caluroso, y en la casa y en Humbler City, por supuesto, es de noche.

—También aquél es otro mundo distinto a éste, Coral. Ahora estoy empezando a ver que el libro de Wyndham contenía algo más que teorías.

—La lástima — suspiró ella—, es que no tengamos ninguno al alcance de la mano. Había allí muchos datos científicos de primordial importancia que no podemos suplirlos con la memoria.

—Eso es cosa de Pugh, el muy bandido — dijo Jim, rabioso—. Él también está interesado en la puerta, aunque no llego a comprender las razones de tal interés.

—Me parece que no lo hemos sabido tratar — comentó la muchacha.

—¿Cómo? ¿a un tipo así?

—Debíamos de haberle dado miel en lugar de hiel, Jim. Quizá obrando de acuerdo vosotros dos, hubiéramos llegado a unos resultados más positivos que los que hemos obtenido hasta ahora.

—Dijo que quería la casa para él solo. Desde el primer momento, se negó a toda injerencia extraña, recuérdalo, Coral.

—Aun así — insistió ella—. No quiero censurarte, porque no es culpa tuya, sino más bien de las circunstancias, pero opino que un poco de diplomacia hubiera ofrecido grandes ventajas.

Jim hizo una mueca.

—Sea como sea, la cosa ya no tiene remedio. Además, opino que la diplomacia no hubiera servido para nada.

Coral asintió, pues en el fondo sabía que Jim tenía razón. No se les alcanzaban las del proceder de Pugh, pero sabían que debían de estar íntimamente relacionadas con la puerta que, abierta ahora, en la presente ocasión, les había descubierto un mundo completamente nuevo.

El río parecía más alejado de lo que en realidad se hallaba. Apenas devanados cuatro mil metros de hilo, llegaron a su orilla.

Se detuvieron allí. La corriente era ancha, pero fluía lentamente, y sus aguas eran muy tranquilas y transparentes. Numerosos árboles abundaban en las riberas, proporcionando una grata sombra que, junto con el fresco césped, causaban una deliciosa sensación de descanso y alivio.

—Sentémonos aquí un rato antes de proseguir — sugirió la muchacha, y Jim asintió, encendiendo un cigarrillo,

—Desde luego, porque me parece que, aunque continuáramos andando, no íbamos a ver nada muy diferente a esto que estamos contemplando.

Permanecieron unos momentos en silencio, escuchando el suave murmullo de la corriente fluvial. De pronto, cuando Jim había consumido apenas la mitad del cigarrillo, un tenue silbido rompió el relativo silencio del ambiente.

Los dos jóvenes, a un tiempo, levantaron la cabeza, oteando con la vista en busca del origen de aquel sonido. Hallaron la causa casi al momento.

—¡Mira, Jim! — exclamó la muchacha, extendiendo el brazo.

El joven se puso en pie de un salto. Ayudó a Coral a ponerse en pie y, con los ojos entrecerrados, contempló el misterioso aparato que se les aproximaba a gran velocidad.

En él primer instante no era más que un punto que brillaba en el azul del cielo. Después, al aproximarse, aumentó su tamaño y sus detalles pudieron ser percibidos con mayor claridad.

Jim creyó hallarse ante un helicóptero, a juzgar por la estructura externa del aparato. Pero muy pronto tuvo ocasión de rectificar, ya que carecía de la prolongación posterior que servía para la hélice compensadora, así como de la protuberancia de la parte de arriba por donde surgían el eje y las palas del rotor. No parecía tener ningún medio, al menos visible, de impulsión y su avance se realizaba con suma facilidad.

A corta distancia de ellos, deceleró, perdiendo altura al mismo tiempo. El aparato dio una vuelta en torno a la pareja, con la gracia de un halcón y luego descendió hasta tocar el suelo con un soporte trípode, repentinamente surgido de su parte inferior.

—Nos han cogido sin armas — masculló el joven.

Coral procuró tranquilizarle.

—Nadie dice que vayan a atacarnos.

El aparato se había detenido a unos diez metros de ellos. Externamente era opaco, de un metal muy brillante que, de pronto, y con gran pasmo de la pareja, se volvió transparente, dejando ver en su interior dos figuras humanas.

Los ocupantes del vehículo volador saltaron a tierra, atravesando, al parecer, sin ningún esfuerzo, el transparente fuselaje. Vestían de muy parecida manera, blusas ajustadas al talle y pantalones muy ceñidos, pero algunos detalles externos de su anatomía, así como la diferente longitud de los cabellos, bastaba para declararlos como pertenecientes a distinto sexo.

Al llegar frente a la pareja, el hombre levantó la palma de la mano.

Coral lo observó a hurtadillas, diciéndose que era muy guapo y apuesto, en tanto que Jim se decía lo propio de la mujer, joven, atractiva y espléndidamente proporcionada.

—Os saludamos —dijo el hombre, con voz agradable—. Yo soy Dorius y esta es Mayna, mi mujer.

Jim tragó saliva. Le parecía estar leyendo una novela futurista, cuyos personajes, de pronto, hubieran cobrado vida real.

—Gracias por vuestro saludo, que devolvemos cordialmente — dijo como respuesta —. Me llamo Jim Langley y esta es Coral Browning.

—No estáis casados — observó Dorius.

Coral enrojeció.

—No. Somos amigos, simplemente.

Dorius asintió con la cabeza.

—Pronto lo estaréis — sonrió, y a continuación, agregó—: Vuestras ropas no son las mismas que las nuestras. ¿De dónde venís?

—Pues... de Humbler City — contestó Jim—. Una pequeña ciudad situada a unos cuatro kilómetros de aquí.

Dorius se volvió hacia Mayna.

—Yo no conozco esa ciudad, querida.

—Tampoco yo. No existe — confirmó ella, con un tono de voz delicioso.

—Pues hace un par de horas, sí existía — exclamó Jim—. Al menos, nosotros vivíamos allí. ¿Y vosotros, dónde vivís?

La mano de Dorius señaló hacia la cadena de montañas.

—Al otro lado de la gran cordillera — contestó—. Nuestra ciudad se llama Nooyolk.

—¿Noo...? Jamás oí nombrar esa ciudad —repuso Jim—. ¿Y tú, Coral?

Una singular sonrisa se pintó en los labios de la muchacha.

—Hace un par de horas — dijo—, se llamaba Nueva York.

Jim soltó una exclamación.

—¡Me parece que ya entiendo...!

A Dorius le pasó lo mismo.

—Yo también creo comprender. Vuestros nombres... vuestros ropajes... Vosotros no sois de aquí, ¿verdad?

—Según a lo que te refieras —dijo el joven cautamente.

—Ahora lo comprendo todo. Venís de un mundo distinto al nuestro, pero existiendo paralelamente a él.

—Posiblemente — contestó Jim, sin abandonar su actitud de cautela.

El rostro de Dorius se demudó.

—Es cierto. Vosotros no vivís en el mismo mundo que nosotros. Existís al mismo tiempo, pero en una diferente dimensión espacial.

—Creo que esa es la solución, amigo Dorius.

—Nosotros lo sabemos muy bien. Jim. Y también sabemos cómo pasar de un mundo a otro paralelo. Pero nunca lo hacemos; nuestras leyes lo prohíben severísimamente.

—¿Por qué?

Mientras que Jim y Dorius discutían, Coral y Mayna hablaban entre sí y, es fácil suponerlo, de trapos, a juzgar por sus gestos y ademanes. Parecían haberse hecho muy amigas y reían y charlaban como si se hubieran conocido de toda la vida.

—El tránsito de un mundo a otro que le es paralelo— continuó Dorius—, entraña graves peligros, a causa de que es facilísimo alterar la composición básica de la entidad espaciotiempo, lo cual podría provocar una catástrofe de singulares proporciones. Si ahora tú y Coral os quedaseis aquí, y, naturalmente, contrajeseis matrimonio, tendríais hijos, lo cual es muy lógico, pero estos hijos vuestros ocuparían un espacio que no les corresponde, desarrollado, ellos y sus descendientes, unas actividades que no están previstas y que podrían descomponer la marcha general, tanto física como anímica, de la comunidad en que vivimos.

—Entiendo — asintió Jim—; se trata de la clásica relación de causa a efecto.

—Justamente — concedió Dorius—. Ahora vosotros faltáis de vuestro mundo, por haberos trasladado al nuestro. Pues bien, allí tenéis un fin que cumplir y del que, quizá subconscientemente, os habéis evadido. Vuestro puesto está ahí y no aquí.

—Un poco fuerte me parece todo ésto, pero creo que, en el fondo, tienes razón, Dorius. Nuestra presencia en Nooyolk causaría graves trastornos.

—No inmediatamente, pero sí con el tiempo.

Jim suspiró.

—Eso quiere decir que nos hemos de volver por donde vinimos, ¡Es una lástima! ¡Con lo bien que se está aquí!

Dorius asintió y ya iba a ponerle una mano en el hombro, cuando, de pronto, contuvo el gesto amistoso.

—Yo también lo siento. Basta veros para saber que sois buenas personas y que si viviéramos en el mismo mundo, seríamos buenos amigos. Pero no puede ser.

Jim arrojó una mirada en torno suyo.

—De modo que esto es también nuestro viejo planeta, la Tierra. Pero vosotros, a lo que veo, estáis infinitamente más civilizados que nosotros.

—Nuestra civilización debió de desarrollarse mucho antes que la vuestra, Jim — repaso Dorius—. Este aparato que ves aquí es ya de un tipo muy anticuado y de uso infrecuente.

—Pues si lo vieran en mi mundo se quedarían con la boca abierta. Poco he podido ver, pero daría mi brazo derecho por asegurar que se mueve por antigravitación, ¿no es así?

Dorius sonrió muy complacido.

—Eres muy inteligente, Jim. Sí, así es; pero, como comprenderás, no puedo darte detalles. Un día, en vuestro mundo, un científico adivinará el secreto de contrarrestar la acción de la gravedad terrestre y vuestra civilización adelantará enormemente. Pero ahora, quizá resultase contraproducente.

—Es el mismo caso del salvaje a quien se le entregan de repente las armas de fuego.

—Exacto, aunque vosotros no tenéis aspecto de ser salvajes. Sin embargo, y no te ofendas por ello, estáis mucho más atrasados que nosotros.

Jim asintió, pero no por ello dejó de sonreír ante la observación de Dorius. No obstante, un mínimo de humano y justificado orgullo la hizo sacar a relucir el problema de la teleportación.

El asombro de Dorius ante las palabras de Jim fue bien patente.

—¿Cómo? ¿Tú... has conseguido teleportar objetos de un punto a otro?

—Pues sí, pero, como comprenderás, tampoco puedo darte detalles; podría...

Dorius e echó a reír de buena gana.

—Me lo tengo bien merecido. El salvaje resulta que no sólo sabe manejar armas de fuego, sino construirlas y aún mejores. En tu mundo debes ser un sabio de fama mundial.

—No tanto — repuso modestamente Jim, pero, en aquel momento, antes de que el diálogo prosiguiera, Mayna se les acercó.

—Debéis dispensarnos. Dorius, se nos está haciendo tarde.

El aludido hizo un gesto de contrariedad.

—Lástima, porque Jim y yo estábamos sosteniendo una conversación muy interesante. Siento mucho no poder continuarla, pero todos los indicios señalan que ya no podremos volver a vernos.

—Así es — asintió Jim, no sin pena. Aquella pareja era muy simpática y atrayente—. De todas formas y a pesar de la brevedad de nuestro encuentro, os recordaremos con frecuencia.

—Quizá volvamos a reunimos algún día — sugirió Coral.

Dorius meneó la cabeza.

—No, eso es imposible. Casualidades como ésta no se repiten todos los días. Nosotros conocemos el medio de pasar de un mundo a su paralelo, pero no lo hacemos. No lo hagáis vosotros — concluyó Dorius con tono firme.

Vieron irse a la pareja. Agitaron sus manos en señal de saludo, cuando el aparato se puso en marcha y ellos les correspondieron de idéntica forma. Después, el raro vehículo ganó altura rápidamente y en pocos minutos desapareció de la vista de ambos jóvenes.

Coral suspiró.

—Es una chica muy simpática. Me gustaría haber hablado más tiempo con ella.

—También él es un buen muchacho — contestó Jim—. Pero debemos regresar a nuestro mundo. En éste, a pesar de su pacifismo, podrían sucedemos cosas graves y, lo que es más, provocarlas para algún otro inocente.

Coral asintió, en tanto Jim empezaba a hacer girar el hilo en torno al carrete. Guiándose por éste, emprendieron el camino de regreso, haciendo toda suerte de comentarios acerca del singular encuentro que habían tenido con unos seres que vivían al mismo tiempo que ellos, pero en un espacio totalmente diferente.

Charlando sobre el tema, se les pasó el tiempo sin casi sentirlo, de tal forma que, cuando Jim quiso recordar, ya tenía todo el hilo recogido en el carrete.

—¡Bien! — exclamó con alegre tono—. Ya estamos en casa, Coral.

Pero al mirar a la muchacha, no pudo por menos en reparar en la agitación del seno de Coral, así como en la repentina lividez que había invadido su rostro.

—¿Qué te ocurre? — preguntó, unos segundos antes de darse cuenta de la horrible, devastadora verdad.

¡La casa no estaba allí donde concluía el hilo ni tampoco se veía el menor rastro de la misma!

CAPÍTULO IX



ORAL se sentó en el suelo, incapaz de permanecer en pie, contemplando fijamente a Jim quien, con el carrete del hilo en las manos, componía una estampa a la vez patética y ridícula. La muchacha quería al joven lo suficiente como para no burlarse de él y, por otra parte, la situación era harto grave para dedicarse a la broma y a la chacota.

—¿Es... tás seguro de que se ha acabado todo el hilo, Jim? —preguntó con voz débil.

Por toda respuesta, el joven levantó el rollo, completamente enrollado.

—Míralo tú misma — respondió.

—Y... ¿qué haremos entonces? La casa no está y no podemos volver a nuestro mundo.

Jim frunció el ceño.

—Una solución sería volver sobre nuestros pasos y llegar a esa ciudad llamada Nooyolk. Allí preguntaríamos por Dorius y Mayna y...

—Está muy lejos, Jim — dijo ella, mirando hacia las montañas.

—Cerca o lejos, tendremos que ir a ella forzosamente, si no encontramos nuestra casa, Coral.

—Pe... pero hace unas horas estaba aquí, Jim — se lamentó la muchacha.

—Es cierto. Y ¿quién nos asegura que todavía no esté aquí? Lo que pasa es que no la vemos.

Éste contestó tras una pausa:

—Acaso no sujetaste bien el hilo, Jim — dijo Coral.

—Estoy seguro de haberlo hecho a conciencia. No sé cómo... — y de repente, el joven se puso a andar, recorriendo a grandes zancadas el espacio circundante.

Volvió media hora más tarde junto a la muchacha.

—Nada. No se ve el menor rastro.

—Ya dije yo que en esta casa nuestra había brujas— gimió Coral—. Ellas son las que te soltaron el hilo de donde lo tenías atado para que nos perdiéramos.

Jim soltó un bufido.

—¡Brujas! No digas tonterías. Eso estaba bien en la Edad Media, pero, ahora...

El joven calló unos instantes, mientras que trataba de comprobar prácticamente la idea que le había sugerido una horrible sospecha que acababa de concebir en su imaginación.

Tomó el extremo del hilo y lo examinó detenidamente. Un minuto más tarde exhalaba un alarido.

—¡Mira, Coral!

La muchacha se puso rápidamente en pie. Hizo lo que le decía Jim, pero no consiguió ver nada y así lo dijo con toda claridad.

—Bien — repuso él—, pues míralo. Aquí se puede ver con toda claridad que el hilo ha sido cortado por un instrumento afilado. Fíjate bien que, aunque el hilo es fino, puede advertirse la limpieza del corte.

—¿Y por qué estás tan seguro de ello? — preguntó la muchacha.

—Por la sencilla razón de que éste no es un hilo de algodón ni de fibra alguna vegetal, sino plástico y la conformación inicial es completamente diferente. Tendría que ser redondeada, que es como queda al salir de la máquina, en lugar de adoptar una sección plana, tal como ha quedado ahora al ser cortado por una hoja de filo.

Ella asintió.

—Desde luego, Jim; pero no nos ayuda a resolver nuestro problema.

—En parte sí, porque sabemos que ha sido Pugh con toda seguridad el que ha cortado el hilo.

—Pero lo ha hecho para que nos desorientáramos y así no pudiéramos volver a la casa. Y esto, hay que reconocerlo, lo ha conseguido, Jim.

El joven hubo de asentir ante la lógica argumentación de Coral. Un poco abatido, volvió a quedar allí, mirando fijamente el rollo de hilo, como si éste pudiera darle la solución.

De pronto, cuando su abatimiento había llegado al máximo, algo ocurrió.

Fue de una manera tan inesperada, que no pudo por menos de sorprenderles. La hierba empezó a desaparecer frente a ellos, en una anchura

de unos cincuenta o sesenta centímetros, al mismo tiempo que salía despedida a los lados.

Coral lanzó un grito. Jim respingó.

Los dos jóvenes miraron el surco de hierba que, habiendo avanzado cosa de un par de. metros, se detuvo repentinamente a tal distancia de ellos. Instintivamente, Jim, dio un par de pasos dentro del espacio abierto de modo tan misterioso y se arrodilló para examinarlo mejor.

—Fíjate que cosa tan extraña, Coral; parece como si estuviera hecho con una segadora de césped— y luego añadió para su capote—. A ver si la chica va a tener razón y resulta que hay brujas por aquí.

De pronto, Coral volvió a gritar. El surco se alargaba, despejando la hierba en una longitud análoga a la anterior.

Jim se puso en pie, con el ceño fruncido.

—¿Qué querrá significar esto? — dijo, viendo que nuevamente volvía a ser cortada la hierba y nuevamente se detenía la operación.

La intuición femenina halló la respuesta rápidamente. Coral, sin pronunciar palabra, echó a andar, ante la estupefacción del joven el cual, a cada paso que daba ella, veía que el sendero continuaba abriéndose ante sus pies.

—¡Ven, Jim, sígueme! No sé quién hace esto, pero con toda seguridad quiere guiarnos hasta la casa. Ven, por favor.

El joven obedeció, presintiendo que Coral tenía razón. No obstante, la tomó por el brazo, deteniéndola. Ella le miró inquisitivamente.

—Yo iré primero, querida — dijo él.

Coral asintió.

Jim caminó, la vista fija en el suelo, viendo que la invisible segadora continuaba cortando el césped ante sus pies. Una o dos veces se detuvo, pero la segadora lo hizo también, y entonces ya no le cupo la menor duda de que alguien les estaba señalando, de modo inequívoco, el camino de la casa.

Era cierto, porque, de repente, Jim, abstraído con la contemplación de lo que sucedía en el suelo, sintió que su cabeza chocaba contra algo muy duro.

Sin poderse contener, lanzó un grito de dolor, que coincidió con el de alegría de la muchacha.

—¡Está aquí, Jim; la casa está aquí!

El joven se frotó la cabeza en el lugar dolorido. Ahora no le cabía lo menor duda de que, al fin, habían hallado lo que buscaban.

Sí, estaban en casa. Aquélla era la puerta fatídica, la cual vista desde el exterior ofrecía un aspecto singular, pareciendo semitransparente, como flotando en el aire, pero sin que pudiera verse nada de lo que había en su interior.

La mano de Jim tanteó hasta hallar el pestillo. Una vez lo hubo asido, miró fijamente a la muchacha.

—Coral, no sé quién es o pueda ser el individuo que nos ha guiado hasta aquí, pero estoy seguro de que debemos agradecerle la manera en que nos ha devuelto a nuestro mundo. Si nos oye, creo que sabrá interpretar mis palabras. Y, ahora, vamos adentro.

Abrió la puerta y un suspiro de satisfacción se escapó del pecho de ambos al ver el conocido y familiar aspecto del desván. Coral, sin poder contenerse, se colgó del cuello de Jim y empezó a sollozar silenciosamente, rotos sus nervios por la prolongada tensión a que habían sido tan duramente sometidos hasta entonces.

El joven trató de tranquilizarla, cosa que consiguió a los pocos momentos. Coral alzó hacia él, sus ojos aún húmedos y le sonrió a través de las lágrimas.

—Perdóname, querido, pero no pude contenerme. Soy una tonta y…

—Eres una mujer y, en cierto modo, esto me gusta— dijo él, sonriendo. Luego añadió—: Vamos para adentro; debe de ser ya muy tarde y yo... ¡tengo hambre!

Coral se echó a reír y, cogiéndose del brazo de Jim, cruzó con éste el umbral de la puerta. Jim la cerró cuidadosamente, comprobando luego que los instrumentos de sus experiencias no habían sufrido daño alguno.

Se dirigieron hacia la escalera de acceso a los pisos interiores. El joven no pudo por menos de hacer un comentario acerca de la diferencia de tiempo entre los dos mundos, el que estaban y el que habían abandonado, pero Coral estaba demasiado cansada para reparar en minucias y entrar en discusiones. Descendieron los peldaños y, sin vacilar, se encaminaron a la cocina, sabiendo que, corrían el riesgo de desencadenar las iras de Rosa.

Pero Rosa estaba en la cocina. Aunque nunca Jim y Coral soñaron hallarla en tal posición, porque la buena mujer estaba sentada en una silla, sólidamente atada y amordazada.

Durante unos instantes, la pareja quedó estupefacta al ver a Rosa en tan singular coyuntura. Luego Jim, saliendo de su asombro, corrió hacia la mujer para librarla de sus ataduras, sin reparar en los gestos desesperados que ella le hacía con la cabeza y los ojos.

Pero cuando ya el joven tocaba con las manos la mordaza que cubría los labios de Rosa, un objeto metálico le golpeó los nudillos con dureza,

haciéndole saltar las lágrimas a causa del dolor.

—¡Quieto ahí, amiguito! — dijo una voz bronca—. Deje a la vieja en paz y retroceda un par de pasos.

El asombro de Jim fue infinito al verse ante un hombre desconocido para él, de rostro repulsivo, que le sonreía a través de unos dientes amarillos por el tabaco y en cuya mano, sólidamente empuñada, se veía una pesada pistola automática, muy vieja y anticuada, pero completamente eficaz para el uso a que había sido destinada.

El joven retrocedió un par de pasos. Miró a Coral y su asombro se duplicó al darse cuenta de que otro forajido había inmovilizado a la muchacha, mediante el sencillo procedimiento de colocarle otra pistola junto al costado.

La ira invadió el pecho de Jim, quien, instantáneamente, comprendió que todo aquello era obra de Pugh. Crispó los puños, pero se abstuvo, prudentemente de efectuar ninguna demostración hostil contra los asaltantes.

—¿Quiénes son ustedes? — inquirió —. ¿Por qué están aquí, en un domicilio que no es el suyo?

—Nuestros nombres no importan — dijo el que se hallaba frente a Jim—, pero si tanto le interesan, puede llamarnos Pete — y se señaló a sí mismo—, y Curlick — y, señaló al otro —. Lo único que debe interesarles es no moverse de aquí.

—¿Quién les mandó asaltar mi casa?

Pete alzó los hombros.

—¿Qué más le da a usted, amigo? Además, nosotros no solemos delatar al que nos paga.

—Me supongo que ha sido un tal Séptimus Pugh — dijo Jim con rabia—. ¿Incluye el pago nuestro asesinato?

—Por ahora no. El trato es de retenerlos aquí, si volvían, hasta que él regrese.

—¿Dónde está?

—En el piso de arriba, en el desván.

Una chispa de triunfo surgió en los ojos de Jim, prestamente pagada, sin embargo.

Aquellos dos individuos estaban ignorantes de todo y creían que habían vuelto de la calle o bien que acababan de levantarse. Pugh no había juzgado oportuno darles detalles de lo que sucedía, sino únicamente contratarles para cubrirle las espaldas, en el caso, improbable, de que Jim y Coral pudiesen hallar el camino de vuelta, como efectivamente lo habían hallado.

—Me gustaría hablar con Pugh —dijo Jim—. ¿Por qué no van a llamarle?

Pete vaciló y acabó por consultar con Curlick.

—¿Qué te parece a ti, compadre?

Curlick hizo una mueca.

—Se sale un poco de las reglas del contrato, pero no estaría de más que le advirtiésemos al esqueleto ese que las dos personas que busca están aquí.

—Me parece que tienes razón, Curlick. Bien, ve tú a buscarlo y mientras yo... Señorita, usted póngase al lado de su novio. No hagan nada sospechoso si quieren conservar el pellejo intacto, ¿estamos?

Coral obedeció, yéndose a situar junto a Jim, el cual estaba tras el ama de llaves. Rosa no había sido desatada todavía y sus ojos fulguraban, arrojando llamas y prometiendo al mismo tiempo cosas que nada tenían de bueno para quienes habían osado someterla a tales ultrajes.

Curlick se dirigió al desván.

Jim apoyó sus manos en el respaldo de la silla, al mismo tiempo que respiraba fuertemente y hacía trabajar a su cerebro a toda presión, buscando una idea que les pudiera resolver la situación en que se hallaban. Mientras tanto, no tenían otro remedio que esperar.

De pronto, un grito vino desde arriba.

—¡Pete! ¡El huesudo no está aquí!

El forajido soltó una gruesa interjección.

—¿Estás seguro de lo que dices, Curlick?

—Completamente. En este desván no hay más que una serie de trastos raros, que no entiendo y...

—Dígale, a su compañero — exclamó Jim con los ojos brillándole de un modo singular—, que mire al otro lado de la puerta que hay al fondo. Quizá esté allí... el huesudo, como ustedes dicen.

Jim y Coral cambiaron una mirada de complicidad, pero sin que en sus rostros se advirtiera la menor expresión. Pete miró después al joven, con aíre suspicaz y acabó por decir lo que le habían indicado.

—¡Mira a ver al otro lado de la puerta del fondo, Curlick! — gritó.

Desde arriba les llegó un gruñido de asentimiento. Los pesados pasos del forajido se fueron alejando hasta desaparecer por completo.

Pasó un espacio de tiempo infinitamente largo pero que, sin embargo, no llegó a medio minuto. Jim y Coral miraban hacia arriba, conteniendo instintivamente la respiración, como si quisieran atravesar con la vista la

opacidad del techo.

Bruscamente, un grito agudísimo, como de una persona en peligro de muerte, les llegó hasta los oídos. El joven atensó sus músculos.

Pete lanzó una maldición.

—¡Curlick! ¡Curlick! — gritó, luchando entre el deseo de ir a ver qué le había sucedido a su compañero y la obligación que le retenía allí, vigilando a los prisioneros.

Pero no recibió respuesta alguna.

Después volvió la vista hacia Jim.

—Si se trata de una trampa... — empezó a decir, pero el joven no le dejó continuar.

—Perdóname, Rosa — dijo, inclinándose hacia la mujer, y, de pronto, asiendo la silla con todas sus fuerzas, la inclinó a un lado, arrojándola contra las piernas del facineroso.

Un rugido inarticulado se oyó a través de la mordaza, en tanto que Pete, cogido por sorpresa, caía de espaldas.

Jim no le dejó recuperarse; saltando sobre él, le clavó rudamente las rodillas en el vientre, al mismo tiempo que, con la mano izquierda, desviaba la amenazadora pistola. Su puño derecho se movió con la potencia de un martillo pilón y chocó contra la mandíbula de Pete.

Éste lanzó un suspiro, dobló la cabeza a un lado y se entregó al más apacible de los sueños.

Acto seguido, Jim recogió la pistola.

—¡Desata a Rosa! — gritó, en tanto echaba a correr hacia arriba.

En la puerta de entrada, tuvo ya la primera sorpresa. Un agudo silbido hirió sus oídos, aunque, en el primer momento, no supo a qué achacar su origen. No tardó, sin embargo, en averiguarlo.

Cruzó el desván en toda su longitud hasta que, bruscamente, un fuerte golpe de viento le dio en pleno rostro. El aire era muy frío y Jim se sintió, desagradablemente impresionado.

No obstante, continuó su camino, dándose cuenta de que aquel viento penetraba por la puerta fatídica, ahora abierta de par en par. Jim se acercó a la misma, sin haber visto el menor rastro de Curlick en la pieza.

Súbitamente, se detuvo, sintiendo que la sangre se le helaba en las venas.

Las piernas le flaquearon por un instante, al darse cuenta del terrible peligro que había corrido. Un escalofrío de horror le recorrió todo el cuerpo

de arriba abajo.

El panorama había cambiado ahora por completo. En cierto modo parecía el mismo, sobre todo a lo lejos, puesto que aún se veía el río, pero, en cambio, al pie mismo de la puerta se abría un hondísimo precipicio, de paredes completamente verticales, que no parecía tener fin.

Soplaba un viento muy fuerte, casi huracanado, que era el que, penetrando por la puerta abierta de par en par, le había azotado el rostro. A unos cien metros bajo él, las copas de unos árboles se movían ampliamente, sacudidas de continuo por el aire que no cesaba de moverse.

Con las debidas precauciones, Jim se asomó al precipicio. Aguzó la vista y pudo ver, casi al pie mismo del inmenso farallón, una manchita negra, rodeada de otra mayor, roja, lo cual indicaba, con toda seguridad, el desastroso fin que había tenido el forajido.

Jim se estremeció y hasta se sintió culpable de la muerte de Curlick, al que, en un principio, sólo había querido atemorizar con la puerta. Pero una vez más supo que, cada vez que ésta se abría, un mundo diferente aparecía al otro lado del umbral.

La cerró con seco golpe, sintiéndose aturdido y mareado. Las piernas le flaqueaban y le costó un gran trabajo llegar al piso inferior.

* * *

La policía de Humbler City se llevó a Pete, acusado de allanamiento de morada y amenazas. Jim sabía que el forajido no hablaría y, aunque lo hiciese, tampoco podría decir nada substancial, porque, en definitiva, lo ignoraba todo. Por este lado, pues, podía quedar tranquilo.

Sin embargo, el problema de la puerta intrigaba a Jim cada vez más, hasta convertirse en una obsesión permanente, que llegaba a borrar de su imaginación toda idea que no fuera la de, a cualquier precio, averiguar de una vez su misterio. Después de haber descansado, si descansar podía llamarse a permanecer unas cuantas horas en la cama, dando vueltas continuamente, y haber engañado al estómago con medio bocadillo y un par de tazas de café, esto último en medio de un tenebroso silencio, que ni Coral ni Rosa se atrevieron a interrumpir, el joven se encaminó una vez más al desván, dirigiéndose hacia la puerta.

La muchacha adivinó los pensamientos de Jim y corrió tras él, alcanzándole cuando ya había recorrido la mitad del espacio que le separaba de la puerta.

No se volvió a mirarle.

Le rebasó y se colocó ante él con los brazos en cruz.

Jim la miró, sorprendido.

Los ojos de la muchacha llameaban, observándole con fijeza.

—No quiero que vuelvas a abrir la puerta, Jim — dijo enérgicamente.

El joven no la contestó; tenía el rostro afiebrado y las pupilas le ardían.

Una obsesión le cegaba.

Alargó la mano derecha y, de un fuerte envión, la apartó a un lado.

—¡Jim, Jim! — sollozó ella.

—¡Déjame en paz! — gruñó él, con todo el aspecto de un alienado.

En aquel momento no raciocinaba.

Y tiró del pestillo, abriendo la puerta de par en par.

El cuerpo le tembló convulsivamente al ver el nuevo panorama que se abría ante sus pupilas. Coral, que no podía ver nada, se le abrazó desesperadamente.

—¡Por amor de Dios, Jim...! —y se cortó de repente al mirar a sus espaldas.

No daba crédito a sus ojos.

Ahora no se veía, otra cosa que una especie de callejón o pasillo, del ancho suficiente. para que pudieran pasar por él dos personas. No tenía ventanas de ninguna clase, pero había la suficiente claridad, como si a través de sus muros pudiera pasar la luz, para adivinar una puerta en su término, a unos cincuenta o sesenta metros de aquélla bajo cuyo dintel se encontraban los dos asombrados jóvenes.

Coral se notó sin fuerzas para resistir el impulso de Jim y aun ella misma se sintió irresistiblemente atraída por la curiosidad. Asiéndose fuertemente al brazo del joven, caminó a su lado, recorriendo el pasillo, en el que sus pasos resonaban con lúgubres ecos.

Ninguno de los dos hablaba.

En pocos segundos llegaron al final del corredor. La mano de Jim se apoyó firmemente sobre el pomo de la otra puerta. Estuvo así durante un segundo y luego, con gesto brusco, la abrió de un seco tirón.

No le extrañó hallarse ante una habitación que, por su disposición y mobiliario, parecía ser el despacho de trabajo de algún científico. Todo estaba lleno de papeles y libros, esparcidos un tanto absurdamente al azar, como si su ocupante, que se hallaba tras una enorme mesa, estuviese reñido con el orden y, hasta cierto punto, la pulcritud, ajeno a lo que no fuera su ciencia.

Pero lo que sí le sorprendió fue el hombre que, por encima de los cristales de sus gafas, de una forma un tanto anticuada, les miraba sonriente y les decía:

—Pasen, pasen, por favor. Hace ya algún tiempo que les aguardaba.

Hubo unos segundos de silencio.

—¡Thomaston! — exclamó Jim, en el colmo de la sorpresa.

El hombre meneó suavemente la cabeza; en un gesto negativo.

—No — rectificó—; no soy Thomaston, aunque adoptara ese nombre circunstancialmente. Mi nombre verdadero es Earle T. G. Wyndham.

CAPÍTULO X



EBÍ de habérmelo imaginado mucho antes — dije Jim con amargura —. Sólo el autor del libro podía llevar sus atrevidas teorías a la práctica.

Wyndham continuaba sonriendo afablemente.

—¿Por qué había de suponérselo, Langley? Pero, por favor, siéntense; no estén de pie. No es una postura muy cómoda que digamos, ¿verdad?

Jim y Coral obedecieron de modo mecánico, sentándose en dos cómodos butacones situados frente a la mesa, tras la cual se hallaba Thomaston. Éste continuó.

—Estoy seguro — dijo —, de que una de las cosas que más anhelan ustedes, sobre todo el joven Langley, es saber a qué obedece el que cada vez que se abre la puerta se vea un panorama distinto, ¿no es así?

—En cierto modo, señor Wyndham — contestó el interesado—, ya lo sé. El título de su propio libro es altamente sugeridor, no solamente de su contenido, sino que, además, revela, «grosso modo», cuantas cosas nos han sucedido hasta el presente. Efectivamente, existen los mundos similares y paralelos al nuestro, cada uno de ellos con una humanidad en una fase distinta de su crecimiento y desarrollo. Hemos abierto relativamente pocas veces la puerta, pero me supongo que, si lo volviéramos a hacer muchas más, en cada una de ellas encontraríamos un mundo distinto al anterior; un mundo en el que acaso el hombre se encontrara aún en la Edad de Piedra y un mundo en el que hubiera conseguido desarrollar una civilización tal como no somos siquiera capaz de imaginárnosla.

Wyndham asintió con benigno gesto.

—Ciertamente, mi joven amigo; su teoría es cierta, porque es la pura realidad.

—Pero lo que yo no acabo de entender es cómo aparece cada vez un mundo distinto. Ninguna de las veces que hemos abierto la puerta hemos podido ver el mismo panorama que la vez anterior... Bueno, en cierto modo, el panorama es sustancialmente el mismo, pero la situación de sus ocupantes es

distinta. ¿A qué se debe tal circunstancia?

—Es debido al mecanismo de la puerta. Cada vez que ésta queda abierta, no lo hace con el mismo ángulo respecto a la posición que ocupa en el desván. Es decir que, matemáticamente, es imposible que en una ocasión quede en un ángulo de 92° con la pared y a la vez siguiente el ángulo sea el mismo. Siempre habrá una diferencia infinitesimal, pequeñísima, inapreciable, de una décima o centésima o milésima de milímetro, y esta diferencia es la que influye para que, una vez cerrada la puerta, al ser abierta de nuevo, cambie totalmente el panorama, porque da acceso a un mundo distinto. No digo que en ocasiones no puedan producirse coincidencias, pero son las menos y muy escasas, como ustedes habrán podido comprobar por sí mismos.

Una súbita sospecha surgió en la mente del joven.

—Y durante todo este tiempo usted nos ha estado observando —dijo.

—Sí — sonrió Wyndham—. Construí esta puerta ya hace algunos años, pensando en que un día u otro llegaría alguien que sabría hacer el debido uso de ella. Costó un poco de tiempo, pero al fin vino usted, Langley. Y muy bien acompañado, por cierto— añadió galantemente, mirando a Coral.

—No obstante — siguió Jim—, tengo entendido que la casa estuvo deshabitada durante mucho tiempo. Al parecer, hubo algunas desapariciones que la gente reputó de misteriosas y no hubo quien, posteriormente, se arriesgara a comprar o tomar en arriendo el edificio.

Wyndham, alias Thomaston, sonrió.

— Así es, Langley. Su primer inquilino fue un tal Félix Rodoran, el cual abrió la puerta sin que estuvieran incluidos del todo los delicados mecanismos que hacen posible el paso de un universo a otro. La cosa me sorprendió grandemente y quise hacer todo lo posible para remediarlo, pero era ya tarde. No es que Rodoran haya muerto, pero tampoco podrá volver a su mundo; está en otro del que, ciertamente, no tiene queja alguna.

—¿Y su hermano y los otros dos que le acompañaban?

—Mi hermano no era tal, sino yo mismo. En cuanto a los otros dos que venían conmigo y a los cuales no tuve otro remedio que permitirles el paso a través de la puerta, ahora se han convertido, en el mundo paralelo en que se hallan, en unos físicos de primera, destinados a obtener sensacionales descubrimientos. En sus respectivas y primitivas profesiones no habrían conseguido destacar nunca; en cambio, ahora, una vez que les ha sido revelada su verdadera vocación, sus cerebros se han desarrollado de una manera prodigiosa y están realizando verdaderas maravillas. Pero no es de ellos de quienes debemos hablar, sino de nosotros, es decir, de ustedes y de mí.

—¿Quieren decir sus palabras que a la señorita Browning y a mi nos

espera la misma suerte que a los otros? No es un mundo muy agradable el que vivimos, pero tampoco nos gustaría cambiarlo por otro, pese a la aparentes ventajas que éste pudiera ofrecernos — dijo el joven.

—Oh, no, nada de eso, mi querido amigo. Ustedes seguirán en su mundo, trabajando en su máquina teleportadora... Por cierto, es la solución práctica de una serie de ideas que yo nunca pude acabar de coordinar.

—¡Usted fue el que se llevó el cobaya! — gritó de repente Jim.

Wyndham sonrió.

—Y el que mató al puma que amenazaba devorarle y el que, a falta de otro medio, hubo de cortar el césped para indicarles el camino hasta casa que ustedes habían perdido al cortarles Pugh el hilo conductor.

—¡Pugh! ¡Lo conoce usted! — exclamó Jim, terriblemente sorprendido.

Wyndham sonrió.

—Claro que le conozco. Y le huyo, además. Pero ésta es otra historia que, de momento, no les interesa ni les atañe a ustedes dos.

—Entonces, ¿por qué me vendió la casa cuando, en mi mundo, actuaba como agente de fincas? — preguntó súbitamente el joven.

—Esta casa y, naturalmente, su puerta misteriosa, estaba destinada a un hombre como usted. Más de uno vino, pero siempre pude despacharle de una u otra forma, hasta que por fin encontré en usted a la persona que deseaba.

—Pero nunca me dijo nada.

Wyndham sonrió astutamente.

—«Tenía» que adivinarlo por usted mismo, Langley. Para eso, igual hubiera podido decírselo a Rodoran. Pero ¿había construido Rodoran una máquina teleportadora? No, desde luego que no. Usted era el hombre que yo necesitaba y le sometí a todas esas pruebas con el fin de hacerle llegar hasta mí. Le aseguro, Langley — exclamó Wyndham con un extraño fulgor en los ojos—, que usted y yo podemos hacer cosas extraordinarias, «realmente» extraordinarias.

Jim empezó a pensar si no se encontraba en presencia de un loco.

—No, no lo estoy — dijo Wyndham, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Su máquina teleportadora es algo muy grande y entre usted y yo...

Wyndham se interrumpió repentinamente. Se inclinó hacia adelante, como si tratara de escuchar algo, pero luego, tranquilizándose, se echó hacia atrás en el asiento, adoptando un tono doctoral.

—Verá, amigo Langley, sobre todo para usted que ha leído mi obra, las

cosas pueden resultar ahora más fáciles. Es necesario, no obstante, que vuelva a leerla varias veces más, hasta que se haya empapado totalmente de su contenido. Y no sólo ella, sino otros volúmenes que también he escrito sobre la misma materia y que no han sido publicados todavía. Tienen cosas realmente interesantísimas y en ellas expongo, quizá de un modo profético, algunos aspectos teóricos de la teleportación que usted ha conseguido llevar a la práctica de modo tan magistral. Si consiguiéramos, laborando juntos, por supuesto, construir una máquina de gran tamaño, nuestro éxito sería...

Wyndham se interrumpió bruscamente y sus ojos miraron hacia la puerta con expresión recelosa.

De pronto, se levantó, corrió hacia la puerta, abriéndola con rápido gesto. Escrutó durante unos momentos, con aire especulativo, lo que había al otro lado, y luego volvió a cerrarla, regresando a su puesto con expresión preocupada.

Jim adivinó que Wyndham temía algo, muy posiblemente a Pugh, pero, cortésmente, se abstuvo de manifestarlo. Se limitó únicamente a intercambiar con Coral un par de miradas con aire de complicidad.

Luego volvió la vista hacia Wyndham. Se dio cuenta de que el individuo había perdido ahora su tranquilidad y que estaba bastante nervioso, pese a los esfuerzos que hacía por disimularlo.

—¡Ejem...! — carraspeó—. Tendrán que volverse a casa. Lo siento, pero ya continuaremos la conversación en otro momento.

—¿Pasa algo, señor Wyndham? — preguntó Jim con aire ingenuo.

Éste negó:

—No, no; todo está bien... todo está en orden. Lo que ocurre es... bien; se lo explicaré el próximo día. Ahora, por favor, les ruego que se vayan. Encontrarán el camino fácilmente, se lo aseguro.

Jim y Coral se pusieron en pie.

—¿Cómo nos las arreglaremos para verle de nuevo, señor Wyndham?

—Yo... yo iré a buscarles. Conozco bien el camino y aunque... quiero decir que es imposible que pueda perderme. Continúe con sus trabajos, señor... digo, amigo Langley.

Jim y la muchacha obedecieron, bastante extrañados del súbito cambio de actitud del estrafalario individuo. Se dirigieron hacia la puerta, sin que Wyndham hiciera el menor movimiento para acompañarles hasta allí, pero antes de que pudiera abrirla, alguien se les adelantó.

Pugh penetró bruscamente en la habitación, arrojando fuego por los ojos.

—¡Al fin te encontré! — exclamó.

Por un instante, Jim miró a Wyndham y le vio arrugarse, empequeñecerse, escondiéndose tras la mesa en un acto pueril de defensa. Luego, adivinando que en su presencia iba a suceder algo terriblemente interesante, giró la cabeza.

Coral lanzó una ahogada exclamación. Pugh no había venido solo esta vez.

Le acompañaban dos individuos de aspecto fornido y hercúleo, vestidos enteramente de negro de pies a cabeza, en cuyos respectivos pechos se veían unas extrañas insignias de plata que el joven no supo identificar. Los dos hombres se quedaron guardando la puerta, en actitud expectante y vigilante a la misma vez.

—¡No quiero ir, no quiero ir! —chilló Wyndham, horriblemente espantado.

Pugh avanzó hacia él, sin cuidarse de los dos jóvenes, los cuales, presintiendo que aquél era un asunto a resolver entre los dos individuos, quedaron a un lado, sin tratar de intervenir para nada.

—Debes volver con nosotros, Wyndham — dijo Pugh—. Bastante daño has hecho ya durante todo este tiempo y debes regresar a tu mundo para pagar la deuda que tienes contraída.

El sudor corría ahora por la frente de Wyndham, cuyo cuerpo temblaba convulsivamente.

Pugh volvió ligeramente el rostro hacia los dos jóvenes.

—Deben ustedes perdonarme por mi incorrecta actitud de los días pasados, pero en cierto modo, estaba justificada, ya que debía hallar a este hombre a toda costa. Me costó largos años de investigaciones encontrar una pista razonable que me condujera hasta donde él se hallaba actualmente y al fin lo conseguí. Lamento todas las molestias que les hemos causado y estoy dispuesto a indemnizarles en la medida que ustedes crean conveniente.

—A mí no me han causado ningún daño — repuso Jim —; ni tampoco a la señorita. Es más, hemos sido protagonistas de una serie de experiencias que difícilmente olvidaremos.

—Eso es precisamente — observó Pugh con gesto meditativo.—, lo que no debía haber sucedido. Pero, en fin, hecho está y no se puede hacer nada para remediarlo, como no sea volverles a ustedes al mundo en que viven. Después de que la hayan franqueado, destruiremos la puerta para que nadie más vuelva a cruzar su umbral.

—¿Por qué? — inquirió Jim—. Yo no creo...

Pugh movió la cabeza lentamente.

—No — dijo—. Este hombre, Wyndham, se evadió de su mundo, poseído de un ansia de gloria y poder que a nada bueno podía conducirnos. Ni a ustedes ni a nosotros. Nuestros mundos coexisten paralelamente, pero no pueden unirse ni aun aproximarse tan siquiera, so pena de provocar una catástrofe de consecuencias incalculables. Cada uno en su mundo, sin que nadie deje de cumplir el destino que tiene señalado. Sabemos, señor Langley, de sus experiencias con la máquina teleportadora, y aun podríamos ayudarle de tal forma que llegaría a conseguir efectos y resultados fantásticos. Pero eso lo ha de conseguir usted por sí mismo, de igual manera que un día, uno de nuestros sabios, en nuestro mundo, la descubrirá, más o menos parecida a la suya, pero funcionando de modo similar. Mientras tanto, es prematuro, para nuestro mundo, se entiende, como ustedes tampoco están preparados para construir una máquina, qué en el caso presente ha adoptado la forma de una sencilla puerta, que les permita pasar de un mundo a otro. Nosotros si lo estamos y, aun así, las leyes que hemos promulgado, prohíben severísimamente. tales tránsitos, salvo, excepcionalmente, en casos como el presente. ¡Wyndham — concluyó Pugh—, levántese y venga con nosotros!

El individuo obedeció, gimoteando y sollozando de modo tan histérico como abyecto.

—Usted, Pugh, cortó el hilo que nosotros habíamos tendido como guía — dijo Jim de repente.

Pugh sacudió la cabeza.

—No. Lo hizo Wyndham y él fue quien, después de haberlo hecho y de dejar pasar un tiempo prudencial, les condujo hasta la puerta de la casa. Todo ello, pueden comprenderlo, con el fin de influenciarlos en contra mía. Pero yo no tengo nada en contra de ustedes, porque, en cierto modo, han sido víctimas de las maquinaciones de este diabólico individuo. Han de saber — agregó Pugh solemnemente —, que no son solamente ustedes los que, de modo más o menos directo, estaban en contacto con él, sino personas existentes en otros mundos paralelos y, por supuesto, todas ellas de un altísimo nivel científico y cultural. ¿Pueden darse ustedes una idea de lo que hubiera podido suceder si Wyndham, aprovechándose de su posición, hubiera conseguido reunir, centralizándolos, los conocimientos de todas esas personas, entre las cuales, obvio es señalarlo, se encontraban también ustedes dos?

La pregunta no tenía respuesta; ella misma se la daba, y así lo entendió Jim quien, mirando fijamente a Wyndham, que estaba terriblemente abatido; se limitó a asentir con un breve movimiento de cabeza.

—Lo siento por ti, Wyndham — dijo Pugh secamente—. Nunca debiste hacerlo.

El interpelado no contestó; caminando lentamente, arrastrando los pies por el suelo como si no tuviera fuerza para levantarlos, se dirigió hacia la

puerta donde estaban los dos guardias.

Éstos se separaron un poco para colocarse a su lado y luego darle escolta. Pero, de pronto, Wyndham salió de su atonía y echó a correr.

Pugh lanzó una maldición. Los guardias, asombradísimos, se quedaron en el primer instante sin saber qué hacer.

—¡Corran, estúpidos! — les increpó Pugh—. ¡Dense prisa, o se nos escapará!

Los guardias echaron a correr tras de Wyndham, quien, aprovechándose de la sorpresa inicial, les había ganado una buena delantera. Jim, apretando fuertemente contra si a Coral; contempló la escena, adivinando que Wyndham quería llegar a la puerta del desván antes que los guardias, porque entonces se consideraría salvado. Y, efectivamente, parecía que iba a poder conseguirlo.

Pero, de pronto, algo muy extraño sucedió.

Wyndham se detuvo en seco, como si su cuerpo hubiera chocado contra algo terriblemente sólido. De pronto lanzó un agudo chillido, rápidamente cortado, y luego una roja claridad se expandió rápidamente en torno suyo, como si le envolviese un fuego brotado de su propio organismo.

—¡Ha calculado mal! — gritó Pugh, rabioso, pero apenas lo había hecho cuando sonó una detonación estruendosa que hizo trepidar el piso.

El estampido fue inmediatamente siguiente a la llamarada. El cuerpo de Wyndham desapareció bruscamente en medio de una gran luz de color escarlata cuyo tamaño aumentaba con terrible rapidez.

—¡El muy idiota...! —masculló Pugh, encolerizado. Acto continuo se volvió hacia los dos jóvenes—. Síganme, aprisa; su casa está ardiendo ya y corren el riesgo de no poder regresar a su mundo.

Sugestionados por el imperativo tono de las palabras de Pugh, los dos jóvenes hicieron lo que éste les decía.

Corrieron tras el raro personaje, sintiendo, a medida que avanzaba, un enorme calor cuya graduación aumentaba por instantes. En los últimos tramos apenas si se podía soportar ya.

Pero Pugh, valientemente, no se arredró por aquello. Cubriéndose el rostro con el brazo izquierdo tanteó con la mano derecha.

La puerta se abrió. En el lado del que se encontraban Jim y Coral había un calor tremendo, realmente insoportable: pero faltaba la presencia de las llamas que, en cambio, se veían ya en el desván, avanzando rápidamente por todas partes, sin que nada pudiera detener sus progresos.

—¡Pronto, antes de que sea tarde! — les gritó Pugh, empujándoles hacia el desván.

Jim tiró de Coral y los dos franquearon la puerta una vez más. La última vez, porqué ya no volverían a pasar nunca por aquel umbral.

En pocos momentos el fuego había adquirido ya un incremento terrible. Más de la mitad del tejado era ya pasto de las llamas, las cuales rodeaban casi por completo a la máquina teleportadora, cuyos vidrios estallaban con sonoros chasquidos.

A la carrera, Jim y Carol atravesaron el desván, dirigiéndose a la escalera que daba a los pisos inferiores. Desde allí se oían los gritos de Rosa, llamándolos despavorida.

Apenas si tuvieron tiempo de recoger lo más imprescindible. La casa parecía estar construida de papel, tal era la rapidez con que avanzaba el fuego. Diez minutos más tarde, todo el edificio no era sino un inmenso volcán de llamas, cuyo resplandor iluminaba una gran extensión de terreno a la redonda, sin que los aterrados bomberos de Humbler City no pudieran hacer otra cosa que lucir el casco y arrojar agua, empeños ambos inútiles para sofocar un incendio que se sabía no tenía remedio alguno.

* * *

La casa ha sido reconstruida de nueva planta y en ella, ya como feliz y dichoso matrimonio, viven Jim y Carol, asistidos, cómo no, por la inevitable Rosa.

Jim ha continuado con sus experimentos de teleportación, ayudado por su esposa, pero sin que, hasta la fecha, haya obtenido mayores resultados. Ello, sin embargo, no les importa; saben que, un día u otro, conseguirán lo que se proponen. Ahora, sin embargo, se contentan con vivir felices con su amor, sólido y duradero como la vida misma.

Naturalmente, la puerta no existe ya; fue destruida por el voraz fuego que consumió la casa. Pero Jim, cuando el edificio fue reconstruido, exigió que se hiciera una habitación en el mismo lugar en que había estado el desván y que en la misma se pusiera una puerta, aproximadamente en el sitio en que había estado la otra. Abriga la ilusión de que un día la abrirá y sé encontrará en un mundo distinto, pero paralelo al nuestro. Hay que decir, sin embargo, que, aunque muchas veces se lo ha propuesto, jamás se ha atrevido a abrirla. ¿Será quizá porque esta puerta se ve desde el jardín de la casa?

El otro día Jim y Coral, los cuales, entre paréntesis, esperan la visita de la cigüeña, comentaban el increíble suceso que dio lugar a la destrucción del primitivo edificio.

—No me explico — decía Coral — cómo pudo morir Wyndham.

—Posiblemente fue porque se equivocó en el tránsito de la puerta. Su cuerpo, y por tanto los átomos que lo componían, ocuparon, durante una fracción pequeñísima de tiempo, un lugar que no les correspondía. Esto dio lugar a una reacción del otro ambiente, reacción que se resolvió en contra del más débil, es decir, de Wyndham.

—Me horrorizo de pensar que acaso hubiera podido ocurrimos a nosotros, querido.

Jim la tomó en brazos, mirándole al fondo de aquellos ojos que él amaba tanto.

—A nosotros nos ocurrió otra cosa mejor, Carol — dijo, y la besó.

Pero ella seguía con su idea fija.

—Jim, ¿y no podríamos...? Un día has de buscar el libro de Wyndham. Quizá así...

El joven sacudió la cabeza.

—No. La puerta está allá arriba, construida, pero jamás abierta. Y no seré yo el que lo haga. Cruzar el espacio que nos separa de otro mundo podría entrañar gravísimos riesgos, no sólo para nosotros, sino para otras personas inocentes, y esto es algo que no estoy dispuesto a cometer. Por otra parte, ya sabes que Pugh hizo desaparecer todos los ejemplares de la obra de Wyndham, el mío incluido. Sin embargo —y aquí Jim sonrió un tanto misteriosamente—, he comprado uno que quizá te agrade. Por cierto, me había olvidado de enseñártelo.

Jim fue hacia una mesa en la que se veía un libro envuelto aun en el papel que le pusieran en la librería. Se lo entregó a Carol.

La joven rasgó la envoltura y leyó el título. Muy sugestivo, por cierto. «Manual de Puericultura», decía.



En aquel planeta perdido en la inmensidad del espacio, germinaba una extraña semilla...

¿ERA LA DE UN MONSTRUO?...

...¿LA DEL ÚLTIMO SUPERVIVIENTE DE UNA RAZA EXTINGUIDA?...

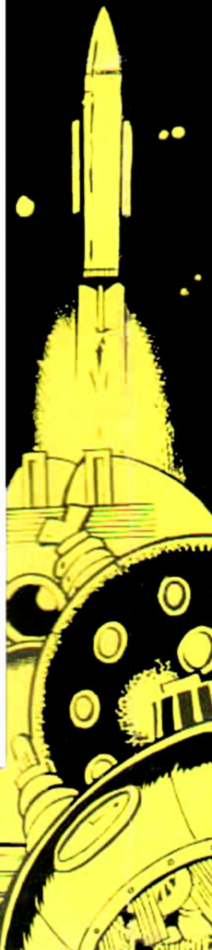
...¿LA DE UNA PLANTA CARNÍVORA CON INTELIGENCIA DE HUMANOIDE?

SEMILLA CÓSMICA

La más desconcertante narración de un autor que se ha impuesto por su fantasía y amenidad: *JOHNNY GARLAND*.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

137. — El planeta de los hombres de oro. — *Clark Carrados*.
138. — Locura espacial. — *H. S. Thels*.
139. — Mundo de paz. — *Clark Carrados*.
140. — El fin del mundo. — *Law Space*.
141. — El gran peligro. — *Roy Silverton*.
142. — Espía de Sirio. — *Clark Carrados*.
143. — Yo, el monstruo. — *Johnny Garland*.
144. — La reina de las estrellas. — *Clark Carrados*.
145. — La venganza del cerebro. — *Law Space*.
146. — El mito de Fausto. — *H. S. Thels*.
147. — ¡Estaban con nosotros! — *Law Space*.
148. — El fin de Lemuria. — *H. S. Thels*.
149. — ¡Hola, terrícola! — *Law Space*.
150. — Ventana al futuro. — *Clark Carrados*.
151. — Mundo hostil. — *H. S. Thels*.
152. — «Jaque Mate». — *Law Space*.
153. — La ciudad monstruosa. — *H. S. Thels*.
154. — Parásitos cósmicos. — *Law Space*.
155. — El principio del Edén. — *Clark Carrados*.
156. — El tirano del Universo. — *Johnny Garland*.
157. — Lobos del espacio. — *Clark Carrados*.
158. — Los últimos selenitas. — *Roy Silverton*.
159. — Cárcel de acero. — *Clark Carrados*.
160. — Supervivientes. — *Law Space*.



Escena de EL PUENTE SOBRE EL RIO KWAI, de Columbia Films.

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos

Notas

[←1]

Un volumen 1/4, papel biblia, 744 págs., con varias ilustraciones fuera de texto. Smith, Smith & Jones, Editores. Calle de la Misión, Pasadena, California, U. S. A. Precio del ejemplar: $ 2,95. $ 3,10 en estampillas de correo si se desea recibir por este medio.

[←2]

Palabra en desuso. Jaguar. León de la Montaña. *Cougar* en inglés. (Nota del digitalizador)